

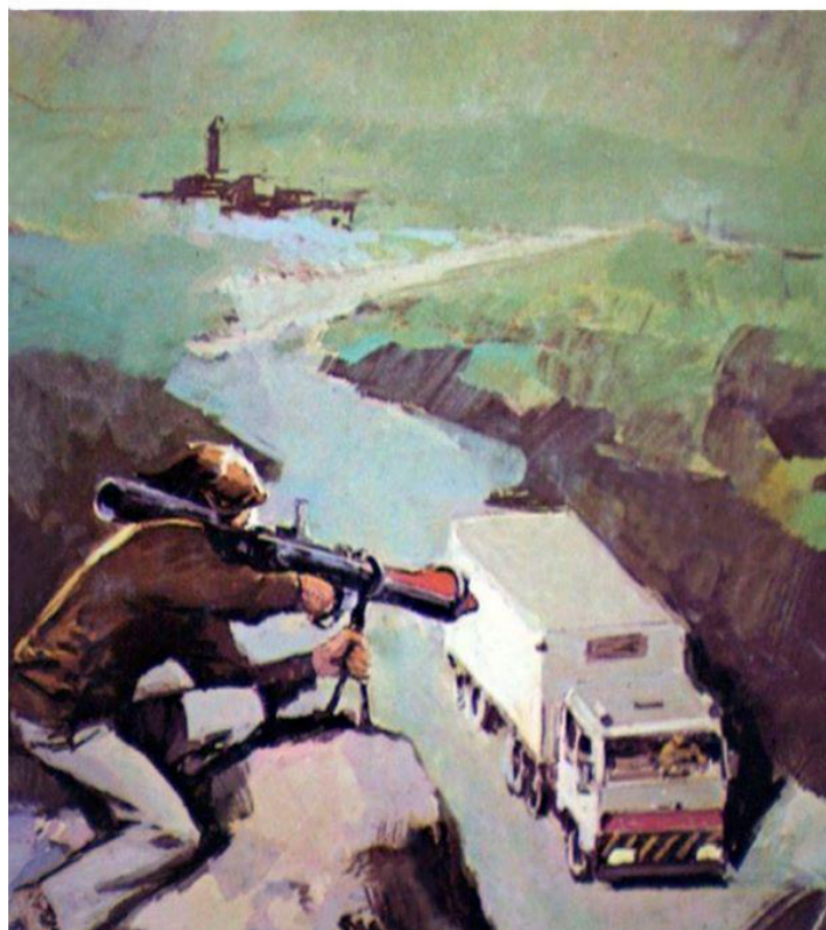
BOX LIBROS BALBUENA

PUNTO

ROJO

TRAS LAS HUELLAS DE UN ESPECTRO

Kelltom McIntire



COLECCION

PUNTO ROJO

PUNTO
ROJO



KELLTON McINTIRE

TRAS LAS HUELLAS DE UN ESPECTRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 852
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 21.984 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: agosto, 1978

© Kellton McIntire - 1978

texto

© Desilo - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

811 — ¡Suerte y audacia, muchacho!

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.408 — Los señores de la muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al más allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Albuquerque.

CAPÍTULO PRIMERO

La furia dominaba a Jean como algo sólido, pegajoso e incómodo.

Trataba denodadamente de imponerse a aquella ira latente que ponía frenéticas vibraciones en su piel y dolorosas palpitaciones neurálgicas en sus sienes.

Sin embargo, era imposible dominar su iracundia. ¡Tanto tiempo aguantando ya...!

A sus veintiocho años, había vegetado durante meses y meses con el seguro de desempleo, había deambulado incansablemente a través de sindicatos, de oficinas de empleo, de terminales de transporte por carretera...

«Tengo que estallar algún día —pensó, desorientado—. ¡Esto debe terminarse de algún modo...!».

Había vivido con un sueldo miserable, era cierto. Había implorado aquí y allá, incluso había conducido por horas un furgón fúnebre: en la funeraria le habían ofrecido un excelente empleo, bien pagado.

«Adecentar cadáveres, amortajar cuerpos muertos, malolientes, sucios», recordó.

Jean era sensible. Jean sentía conmiseración por los ancianos que llegaban, ya yertos y fríos, a las heladas dependencias de la empresa de pompas fúnebres.

Pero era muy joven y la Muerte le impresionaba. Aquellos cuerpos flácidos, aquella piel lívida y exangüe, carente de vida...

No había aceptado el empleo, a pesar de que necesitaba el dinero y añoraba los buenos tiempos.

Ahora...

Caminaba a paso ligero a lo largo de la rué Des Fleurs.

Iba rápido porque corría un helado vientecillo del Norte que calaba su ligera gabardina y sus músculos estaban entumecidos.

Avanzaba con ligereza porque tenía una cita con Michel Ringeur, un tipo que podía darle a ganar mil francos en una sola noche.

Nada pecaminoso, puesto que Ringeur era el encargado de un gimnasio de Passage Deutermann, un local mugriento y frío donde solían entrenarse los jóvenes ávidos de gloria y dinero.

Ringeur había sido, en sus tiempos, campeón de Europa de los pesos máximos, aunque por pocos meses. Ahora era un hombre calvo, grueso, adiposo, que, no obstante, seguía teniendo cierta nombradía en los medios deportivos del país.

Jean Labande llevaba un par de semanas acudiendo al gimnasio Ringeur. No tenía nada que hacer. Por tanto, ¿qué mejor cosa que perder un par de horas en mantener su formidable nivel físico?

Llegaba, utilizaba las pesas, la cuerda, las espalderas, disputaba seis o siete asaltos con cualquier tipo tan desesperado como él, luchaba con Roger Durand o Claude Dégros, hacía un poco de karate...

Golpeaba y se dejaba golpear: era un buen remedio para apagar un tanto aquella rabia interior que le reconcomía sin piedad.

El viernes, Ringeur le había estado observando. Le había visto luchar contra un coreano escurridizo y trapacero. Ringeur fue uno de los que pudo ver cómo Jean proyectaba al coreano a ocho metros de distancia contra las espalderas, cuatro rodillos de resistente haya se rompieron como consecuencia del impacto y el pobre coreano quedó en el suelo con cuatro costillas fracturadas.

—Mala suerte —suspiró Jean, pesaroso—. No hubiera imaginado que mis brazos poseyesen tanta fuerza.

Pero era la ley del gimnasio. A veces ocurrían accidentes, a veces un hombre joven salía desde allí para el hospital y quedaba tullido de por vida.

El primer impulso de Jean fue correr para auxiliar a su contrario. El propio Ringeur se lo impidió.

—Déjalo —aconsejó, reteniéndole por un brazo—. Mis hombres le ayudarán.

A

Lung-Shi

lo alzaron del suelo dos hombres y se lo llevaron como un animalito destrozado.

Pero Ringeur esbozó un ademán y uno de sus empleados trajo un albornoz caliente para Jean.

—No te preocupes —gruñó el viejo preparador—. Hoy le ha tocado al coreano... Mala suerte. Mañana puede tocarle a otro, es la vida. Pero tú... Tú eres otra cosa, Jean. Posees vigor, reflejos, astucia y una enorme agilidad. Y todo eso puede convertirse en tu suerte.

Jean caminaba a lo largo de la rué Des Fleurs con paso vivo.

Rememoraba sus años anteriores. Recordaba su infancia cómoda, su adolescencia luminosa y feliz, en un hogar confortable, con unos padres afectuosos, excesivamente blandos de carácter quizá, pero siempre atentos, siempre dispuestos a proteger a su hijo.

La escuela, el bachillerato, la Universidad...

A Jean le gustaban las Ciencias. Y estudió Químicas. Estaba a punto de licenciarse, cuando llegó el *bout* de mil novecientos sesenta y ocho.

Jean vio arder la Universidad, alzarse las barricadas y... se precipitó de lleno en la agitación estudiantil. Su cuerpo fue macerado por las porras de los gendarmes, sus ojos se inundaron de gas lacrimógeno y, en alguna ocasión, la muerte le rondó muy cerca.

Fueron días violentos, de furor desatado, de ansiosa actividad juvenil, puesto que Jean sólo tenía por entonces veinte años.

Sus padres tuvieron que presentarse muchas veces en la comisaría para llevarle comida y ropas, para mendigar su libertad...

Luego la violencia fue cediendo. Tornó la vida normal, la existencia más leve y reposada...

Pero ya era difícil volver a la Universidad. Jean se había endurecido en las grescas callejeras; se sentía un hombre ya y no poseía el menor impulso para terminar la carrera de Química.

Su padre murió en 1970 con el estómago perforado. Su madre murió poco después, atropellada por un camión.

Jean era ya mayor de edad. Recibió un millón de francos de herencia y se marchó a Ibiza, para olvidar su dolor.

Durante tres años vivió una vorágine de vivencias a cual más diversas: comunas de *hippies*, drogas, amor libre, misticismo...

En 1976 volvió a su país, absolutamente decepcionado y... pobre.

Entonces comprendió por primera vez lo que significaba dejar transcurrir cuarenta y ocho horas sin probar el menor alimento.

Por fortuna era joven, apuesto, atlético... No le fue difícil encontrar pronto un medio de subsistir.

Tuvo un empleo como chófer con *madame* Bebler, una viuda de cincuenta y ocho años, que poseía una considerable fortuna.

Pero *madame* Micheline Bebler no necesitaba, en verdad, un chófer, sino un amante joven y fogoso.

Jean se plegó durante un par de semanas a los caprichos eróticos de la viuda. Sólo hasta que una noche, cuando ella le reclamó a su alcoba, el joven pudo ver la dentadura postiza de la mujer en el fondo de un vaso de agua.

Una tremenda náusea le obligó a cerrar la puerta de golpe y a huir. Después habría de arrepentirse, probablemente, pero Jean ni siquiera exigió una compensación económica de despido a *madame* Bebler.

Y ahora...

«“Tal vez Ringeur sepa convertirme en un campeón de boxeo”, pensó, mientras el helado cierzo enrojecía sus facciones».

Pero Jean, a pesar de su juventud, era perro viejo.

«Tengo veintinueve años. Demasiados para empezar como boxeador, aunque mi estado físico sea bueno», reflexionó.

Daba igual.

Se sentía rabioso. Rabioso porque había buscado desesperadamente un empleado honrado y no lo había encontrado.

Rabioso porque había perdido a su familia. Rabioso porque empezaba a perder su juventud y se daba cuenta de que, tristemente, no era nadie, no había hecho nada.

Prácticamente, Jean tenía su carrera terminada. En rigor, sus conocimientos estaban todavía frescos, actualizados. Pero en todas partes exigían un título y él, Jean Labande, no lo poseía.

Ahora era ya tarde para volver a la Universidad. Era posible, sí... Pero Jean no volvería a las aulas: no poseía ánimo suficiente.

Llegó a la Place Verdum, la cruzó y caminó rápidamente a lo largo del Passage Deutermann.

Su reloj marcaba las ocho y media de la noche cuando se introdujo en el ancho pasillo vecinal que llevaba al gimnasio de Ringeur.

Había poca gente en el gimnasio. Paul Klenger, Auguste Minee, Dupont, aquel argelino, Marcel Bari...

Hacía frío y sólo quedaban un puñado de fanáticos que, no pudiendo pagar una habitación con calefacción, calentaban sus músculos con el duro y solitario ejercicio del gimnasio.

Pero Ringeur le esperaba.

Jean pudo verle en seguida al otro lado de los sucios cristales de aquella cabina que Ringeur llamaba pomposamente «despacho».

Jean golpeó con los nudillos en la puerta, aunque estaba seguro de que Ringeur le había visto llegar.

—¡Un momento! —gritó Ringeur con su bronca voz.

Un momento después le autorizaba para entrar.

En la sucia oficina no había mucho que ver. Pero algo atrajo súbitamente la atención de Jean: la mujer a la que Ringeur había ofrecido su mejor asiento.

«No ha debido cumplir los veintitrés años —pensó Jean—. Pero parece mucho mayor, a juzgar por la dureza de su expresión».

Era rubia. Sus largos cabellos se desparramaron sobre la sencilla chaqueta de ante auténtico. Jean vio unas facciones finas, pómulos prominentes, ojos azules que brillaban metálicamente.

—Esperaré, si es preciso —dijo él, indeciso.

Pero Ringeur sonrió, obsequioso.

—¡No, no, nada de eso, Jean! —se apresuró a protestar el propietario del gimnasio—. Siéntate. Ordenaré que traigan unas cervezas y algo de comer. Verás, Jean, tenemos que hablar. La señorita Mercier se interesa por ti.

Jean tomó una de las renqueantes sillas del despacho y se sentó.

Una chispeante idea comenzó a hallar eco en su mente.

La señorita Mercier —es decir, la bella rubia que estaba a un paso— se interesaba por él, Jean Labande.

Mentalmente se encogió de hombros. ¿Una aventura galante?

—En fin —se dijo—. Trabajos más sucios he realizado.

CAPÍTULO II

De vez en cuando, el «BMW» que conducía Ángela Mercier resbalaba peligrosamente en las curvas.

A su lado, recostado muellemente sobre el respaldo forrado de piel de cordero, Jean sentía unas enormes ganas de reír.

Pero sus labios no llegaron a distenderse en una sonrisa: la temeraria forma de conducir de Ángela se lo impedía.

Rodaban cuesta abajo a lo largo de una carretera cubierta por un palmo de nieve endurecida.

El poderoso automóvil estaba dotado de neumáticos con clavos de acero, pero... la nieve se había helado y la señorita Mercier conducía con un absoluto desprecio hacía cualquier norma de seguridad.

¡La bella señorita Mercier...!

Una mujer fría como un témpano, inexpresiva, hosca, hermética...

Naturalmente, Jean sentía ganas de reír a carcajadas... ¡El había imaginado que la Mercier trataba de vivir con él una aventura galante!

Pero no, nada de eso. Los motivos que la habían impulsado a contratar a Labande eran muy diferentes...

Bueno, en realidad Jean ni siquiera sabía muy bien en qué consistiría su trabajo.

Pero había algo categórico en aquel embrollado asunto: Jean tenía en su bolsillo cien mil francos.

Lo reconocía de pleno: el dinero le había tentado. Y ésa era la causa de que no se hubiera demostrado excesivamente receloso a la hora de llegar al trato.

—Necesito un guardaespaldas. Un hombre fuerte, hábil y decidido. Sólo tendrá que acompañarme durante un mes —había explicado ella, escuetamente.

—Supongo que no se trata de nada ilegal... —insinuó él.

—Nada que vaya contra las leyes de este país —aclaró ella, inexpresiva. Y se apresuró a añadir—: Desde luego, no imaginaré que va a ganarse cien mil francos tan fácilmente. Tendrá que defenderme, que cuidar de mi seguridad.

—Si se trata sólo de eso... —sonrió Jean. Pero la gélida mirada de Ángela Mercier borró todo rastro de sonrisa en las agradables facciones de Jean Labande.

Las cosas fueron rápidas y sencillas.

Es decir, ella le entregó un fajo de billetes y Jean dijo:

—De acuerdo. ¿Cuándo debo empezar mi trabajo?

—Ahora mismo —respondió ella.

Se puso en pie. Era una mujer magnífica, perfecta, que respiraba sensualidad y decisión.

Salieron.

En la calle... Jean caminaba junto a una mujer muy joven y hermosa, cuyos cabellos exhalaban un penetrante y cálido perfume. Y fue a tomarla por un brazo en un gesto instintivo.

Pero ella se desasíó instantáneamente con un ademán brusco. Y los metálicos ojos azules relumbraron.

—Nada de confianzas, señor Labande. El hecho de que haya aceptado convertirse en mi guardaespaldas no le da derecho a permitirse ninguna clase de confianzas —advirtió ella secamente.

Jean dejó escapar una corta carcajada.

—Como prefiera —replicó, separando las manos en un ademán típicamente francés—. Sólo quería protegerla. No sé si sabe que éste es un lugar peligroso. Cualquiera puede asaltarnos por un puñado de francos...

—Lo sé —le atajó ella, fríamente.

Se había detenido junto a un flamante «BMW» color gris plata e introducía una llave en la portezuela de su lado.

Jean admiró de un vistazo el carísimo coche. Pero se apresuró a acomodarse sobre el asiento de la derecha cuando ella le dejó el paso libre.

El motor arrancó, potente. Y Ángela Mercier le miró fugazmente.

—Tiene su pasaporte a mano, supongo —dijo.

—¡Qué remedio! Durante los últimos meses he tenido que ganarme la vida como camionero.

Sin escucharle apenas, la mujer arrancó y aceleró. Como una exhalación el automóvil se separó de la acera y cruzó la Place Verдум.

Jean encendió un cigarrillo.

«Está loca. Loca de atar —reflexionó él, observándola de reojo—. Conduce como si tuviera prisa en morir y nada parece importarle en este mundo, excepto la idea fija que late bajo esa espléndida mata de cabellos».

Milagrosamente, el automóvil enderezaba su marcha cuando los neumáticos traseros patinaban sobre los húmedos adoquines del pavimento.

Pronto, Jean advirtió que ella torcía frecuentemente a izquierda o derecha, tornaba a rodar sobre la misma calle, y seguía finalmente conduciendo a velocidad excesiva a través de las solitarias vías.

Durante unos minutos, el «BMW» permaneció estacionado en las proximidades de un aparcamiento subterráneo. Cruzó ante ellos un atestado autobús de pasajeros y, cuando Jean imaginaba que ella iba a descender hasta el aparcamiento, giró bruscamente el volante y se alejó de allí.

«O está rematadamente mal de la cabeza o trata de despistar a cualquier posible seguidor», dedujo, sensatamente, el hombre.

Media hora después, el coche se detenía en un lejano paseo apenas iluminado.

«Longchamps», se dijo Jean, que había reconocido entre la niebla las instalaciones del hipódromo.

Ángela Mercier apagó los faros y permaneció en silencio, inmóvil, las manos apoyadas sobre el volante.

Al cabo, cuando el aire caliente del interior comenzaba a enfriarse y Jean se impacientaba ya, ella empujó su portezuela y murmuró:

—Sígame.

Obedeció.

El viento, sutil, traspasó desagradablemente su leve gabardina. Pero la mujer caminaba ágilmente en la penumbra y Jean se apresuró a seguirla.

Ángela empujó una cancela de hierro y entró. Tras ella, los ojos de Labande acostumbrados ya a la exigua luz, atisbaron un pequeño jardín donde crecían caóticamente unos arbustos secos.

Una llave se deslizó en una cerradura enmohecida. Crujieron las bisagras y ambos se introdujeron en la casa.

—¿No da la luz? —preguntó el hombre, receloso.

—No es necesario. Tengo una linterna —repuso ella—. Venga conmigo.

El ambiente era húmedo, desagradable. Se diría que aquella casa llevaba muchos años cerrada, deshabitada.

Pero la cocina a la que acababa de guiarle ella estaba limpia. Había una mesa, un frigorífico, un par de sillas...

—Coma algo, si lo desea —invitó la mujer—. El frigorífico está lleno de viandas. También hay cerveza y una botella de coñac. Pero antes, venga conmigo, le guiaré a su habitación.

Jean fue en pos de ella, cada vez más receloso. Aquel ambiente, la actitud de la mujer, misteriosa y hermética, daban pie a su desconfianza.

Cruzaron un salón desierto, avanzaron por un pasillo, ella empujó una puerta y envió hacia el interior el chorro luminoso de su linterna.

—Ésta es su habitación —indicó Ángela—. Yo dormiré en aquella del fondo —el cono de luz iluminó una puerta, al final del pasillo—. Vaya a la cocina, coma y acuéstese pronto.

—¿Y usted? —preguntó él, incómodo.

—Me acostaré inmediatamente. Una advertencia: no descorra la persiana de su ventana ni encienda innecesariamente esta linterna —dijo, poniéndole la lámpara en la mano.

—¿Por qué? ¿A qué viene toda esta serie de precauciones? —preguntó Jean, intrigado.

La mujer se separó bruscamente de él.

—Escúcheme, Labande: no le he contratado para que me haga preguntas, sino para que obedezca mis instrucciones. Espero que esto quede claro.

—Diáfano —comentó él, burlón.

Penetró en su habitación, dirigió una ojeada a la estancia y salió.

Ella le precedió por el pasillo, empujó la puerta de su dormitorio y desapareció, sin añadir una palabra.

Jean se encogió de hombros en la oscuridad.

—Bonita situación —murmuró—. Oculto como una alimaña en un caserón destartado y gobernado por los caprichos de una

visionaria...

Por un momento, Jean estuvo tentado de caminar hacia la puerta y abandonar aquella casa.

Pero en el bolsillo interior de su cazadora, cien mil francos formaban un bulto muy atractivo y confortable.

Y decidió quedarse. No era sólo por los cien mil francos... ¿Por qué más, entonces?

«Esa extraña mujer —pensó—. ¿Qué buscará, exactamente?».

Una mujer joven, bellísima, apetecible mil veces... Sola, rígida, fría, ¿desesperada quizá?

Jean encendió la linterna y dirigió la luz al suelo. Caminó hacia la cocina, abrió el frigorífico y puso en un plato un pedazo de fiambre de cerdo, un trozo de queso roquefort, unos huevos cocidos y un panecillo.

Abrió dos botellas de cerveza, puso todo ello en una bandeja decorada con florecillas y volvió a su habitación.

Sentado en el borde del lecho, consumió su cena con inesperado apetito. Terminada la cerveza, apartó la ropa de la cama y se dispuso a acostarse.

El viento aullaba, frenético, a través de los secos arbustos del jardincillo.

Y Jean se sentía extrañamente intranquilo. Tal vez Ángela Mercier preparaba una trampa para alguien, en la que él, Jean, sería quizá la indefensa víctima.

Pero ¿qué trampa?

La inquietud le impidió acostarse inmediatamente.

De repente, recordó que en la cocina había una botella de coñac. Y sintió la irresistible tentación de atizarse un buen trago de licor.

Abrió la puerta, esforzándose en impedir el chirrido de las bisagras, y salió al pasillo.

No encendió la linterna. A través de la ventana que daba al desierto salón se filtraba un poco de luz, procedente de algún lejano punto luminoso.

Entró en la cocina, buscó al tacto la botella y emprendió el regreso.

Súbitamente algo se movió a su espalda.

En la penumbra, una sombra blanquecina se movió ágilmente y el aire se desplazó detrás de él.

Ya se disponía a alzar la botella de coñac para estampársela a quienquiera que fuese en la cabeza, cuando un objeto metálico, helado, se apoyó en su cuello.

—Cálmese —susurró una voz a su oído—. Soy yo.

Era Ángela Mercier.

Vestía un vaporoso camisón que destacaba sobre la penumbra y... apoyaba con fuerza el cañón de una «Walker» de grueso calibre sobre su cuello.

—¡Aparte esa pistola! —gruñó Jean—. ¿Qué..., qué diablos hacía por ahí?

—¿Qué hacía usted? —preguntó ella en un susurro, sin apartar un ápice el cañón de su arma del robusto cuello del hombre.

—Hacía frío, me sentía inquieto, y pensé que un trago de coñac me sentaría bien, eso es todo —explicó Jean, alzando la botella para que ella pudiera verla.

En seguida, la pistola se separó de su piel.

—Está bien, llévese la botella. Pero no vuelva a salir de su habitación —dijo Ángela en un susurro.

Jean se acaloró.

—Escuche, si está tratando de meterme en un lío, yo...

—¿Tiene miedo? Está bien, puedo prescindir de usted ahora mismo. Devuélvame mi dinero. Puede marcharse —exclamó ella, alzando un tanto la voz.

De repente, Jean estalló en una carcajada. En la penumbra, la mujer le contempló con estupor.

—¿Qué le pasa?

—Nada —replicó el joven—. Pero por nada del mundo pienso devolverle esos cien mil francos. Así que seguiré siendo su guardaespaldas.

CAPÍTULO III

Despertó muy de mañana.

El viento se había calmado y todo estaba en silencio.

Jean contuvo un escalofrío al saltar del lecho y se vistió rápidamente. A través de las rendijas de la destartada persiana se veían los esqueletos de los arbustos cargados de nieve: estaba nevando copiosamente.

Jean añoraba una ducha o un baño caliente para entrar en reacción en la fría mañana. ¿Era posible que existiera un cuarto de baño con agua caliente en el abandonado caserón?

Abandonó el dormitorio. En el pasillo, una puerta entreabierta le incitó a caminar.

¡Un cuarto de baño...! Había un calentador eléctrico y la pequeña pieza aparecía todavía bañada en vapor, como si alguien acabase de utilizar el agua caliente.

Entró, cerró y se desnudó rápidamente.

El chorro de agua que cayó sobre su espalda le quemó la piel, pero Jean graduó la entrada de agua fría hasta el punto apetecido.

Unos minutos después, cerraba el agua, se secaba y comenzaba a vestirse.

Apenas se había puesto el *slip* cuando se abrió la puerta bruscamente.

—¡Ah, era usted! —exclamó Ángela Mercier, que llevaba la «Walker» en la mano izquierda. Y parecía muy sorprendida, a pesar de lo cual sus ojos azules miraron con interés la espalda del hombre.

Jean giró el cuello, sintiéndose extrañamente cohibido.

Entonces, Ángela hizo aquella pregunta:

—¿Y esas cicatrices de su espalda?

—¿Cicatrices...?

Jean las había olvidado.

Era lógico, puesto que aquellas marcas sobre la piel no le producían la menor molestia. Y él jamás las veía, así que...

—No tiene importancia —respondió Jean, al cabo. Y ella seguía en la puerta, aunque había guardado la pistola en uno de los holgados bolsillos de su batín multicolor.

—Alguien le hirió o... le torturó —pronunció ella con voz calmosa—. Me gustaría saber quién lo hizo.

—¿Por qué? —resistió Jean, vistiéndose apresuradamente el pantalón.

—Curiosidad —respondió Ángela—. ¿Va a responder?

Jean, de espaldas, tomó su camiseta. Ya estaba poniéndosela, cuando sintió la caricia de los suaves y tibios dedos femeninos sobre la piel, en el dorso.

—Está bien, se lo diré —gruñó él, con rabia—. Es un recuerdo de mis tiempos de Universidad, allá por el sesenta y ocho, ¿recuerda? Me detuvieron y... me acariciaron en comisaría. Les ocurrió a muchos como yo. Por mi parte, lo había olvidado por completo.

Ángela seguía acariciando los costurones de su espalda. Y la caricia era muy agradable para el hombre.

—¿Quién fue, quién le torturó? —exigió ella, sin elevar la voz.

A pesar de la caricia, Jean comenzó a impacientarse.

—Un policía, ¡un policía cualquiera! —respondió—. Querían desarticular a una célula de izquierdas, qué sé yo. Lo cierto era que yo me había metido en aquel follón, como tantos universitarios, pero no sabía nada de organización. Me golpearon hasta que se aburrieron y eso es todo.

—Esas cosas no se olvidan, amigo mío —susurró ella, entornados los ojos—. Estoy segura de que recuerda el nombre del policía que le torturó.

Algo ardió en el pecho de Labande.

¡Claro que recordaba a Bricard, a aquel policía de la Brigada Social que le había martirizado durante toda una semana...!

—Se llamaba Bricard, André Bricard. Un tipo corpulento, de unos cuarenta años. Me parece estar viendo sus ojillos grises, que me contemplaban como un felino a una pequeña sabandija... ¡Sí, le recuerdo muy bien! —la voz de Jean surgía ahora con un estrangulado trémolo de ira—. Me golpeaba los dedos con una regla

de hierro, me escupía en la cara, me desafiaba a rebelarme. Y entonces, azotaba mi espalda con un rebenque de cuero hasta que yo perdía el conocimiento...

Los dedos dejaron de acariciar su espalda y la mujer se separó.

Jean se puso la camiseta y tomó su grueso jersey de lana. Durante unos segundos contempló con curiosidad a la bella mujer que había vuelto a la puerta.

—¡Espere! —gritó—. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué esas preguntas?

Ella le volvió la espalda.

—Por nada. Me llamaron la atención sus cicatrices. Eso es todo —respondió en voz fría y distante.

Jean la vio marchar, lleno de rencor, de inesperada rabia. ¿Por qué ella había venido a recordarle hechos pasados, penosas experiencias que él deseaba olvidar a toda costa?

Terminó de vestirse y volvió a su habitación.

Un momento después ella estaba en la puerta. Llevaba un magnífico chaquetón de ante forrado de *mouton* que arrojó a los pies del lecho de Labande.

—Póngaselo —dijo—. Hace mucho frío. Dese prisa. Le aguardaré en el salón.

La puerta se cerró bruscamente y Jean tomó la chaqueta en sus manos y la palpó, admirado de su excelente calidad.

Ya se disponía a ponérsela sobre su delgada cazadora de fibra, cuando se detuvo.

Junto al bolsillo interior del chaquetón podía verse la etiqueta del sastre, una famosa firma de un peletero de París. Pero debajo había otra etiqueta de tejido dorado.

Y en aquella etiqueta, sólo dos palabras «*André Bricard*».

Jean respiró hondo.

Aquella prenda pertenecía a André Bricard, al policía que le había martirizado sin piedad diez años atrás en los sótanos de una comisaría de París.

Sus músculos faciales quedaron rígidos y sus ojos oscuros brillaron, rencorosos.

En aquel momento, una puerta chirrió a su espalda.

Jean se volvió bruscamente y miró a Ángela Mercier.

—¿Qué diablos significa esto? —chilló, mostrando el costoso

chaquetón de cuero—. ¿Cómo llegó hasta usted esta prenda?

La mirada azul le contempló sin pestañear.

—André Bricard era... mi esposo —declaró con voz sin inflexiones.

El hombre se estremeció.

—Y pretende..., ¿pretende que use este chaquetón? —rugió, encolerizado—. Usted sabe que su esposo me martirizó, me...

Ángela cruzó junto a él. Llevaba colgando de su mano derecha un excelente maletín de viaje y caminaba decidida a lo largo del pasillo.

Desde el desierto salón, giró hacia él.

—No pienso obligarle a utilizarlo, pero yo que usted me desprendería de cualquier estúpido prejuicio: está nevando —advirtió.

Jean escuchó su rápido taconeo y la mujer desapareció.

Por un instante, el hombre contempló el chaquetón, lleno de estupor.

Luego se enfundó en él apresuradamente y siguió a la mujer hasta la calle.

Durante todo el día, ella había conducido su poderoso automóvil por las calles de París.

Un gendarme le había impuesto una multa de cincuenta francos, que ella pagó en el acto, sin rechistar. ¿Motivo? Conducción peligrosa a velocidad excesiva.

Jean, que había permanecido encogido en su asiento durante las primeras horas de la mañana, fue relajándose poco a poco, habituándose progresivamente a su loca forma de desafiar la muerte al volante del «BMW».

Cierto que Ángela Mercier apretaba el acelerador de forma temeraria, pero no era menos cierto que la mujer poseía un increíble control sobre sus nervios, que le hacía posible evitar el accidente en el último instante.

Se había detenido en varias ocasiones. En Place Vendôme, en la rué Des Cordonniers, en la Avenue Chériot...

En cada una de aquellas ocasiones, Ángela se había vuelto a mirarle fugazmente.

—Espéreme. Volveré en seguida.

No daba ninguna explicación. ¿Para qué? Ella pagaba y Jean

debía obedecer, la cosa había quedado clara la noche anterior.

Ella tomaba su bolso, descendía del coche, dirigía una recelosa mirada a un lado y a otro, y caminaba con ágiles y rápidos pasos hacia el portal de la casa que pensaba visitar.

Aunque Jean se encogiese de hombros ante el extraño proceder de la bella mujer, lo cierto era que en su interior ardía de curiosidad.

—¿Por qué tantas precauciones? —se preguntaba incesantemente.

Y sólo tenía una respuesta: MIEDO. Ángela Mercier tenía miedo.

Pero ¿por qué el miedo? Ella había declarado que André Bricard era su esposo. Es decir, disponía de la protección del más duro y cruel policía de la capital de Francia.

—*André Bricard era... mi esposo* —había asegurado ella.

Era, había sido su esposo. Luego *ya no lo era*. ¿Se habían divorciado quizá...?

Jean encendió un cigarrillo. Solía fumar poco, pero ahora la disimulada tensión nerviosa que le embargaba le obligaba a ello.

Se echó a reír de pronto. Estaba pensando que aquel caro chaquetón de piel que tan magníficamente le abrigaba ahora, había protegido también el cuerpo musculoso y fornido del odiado Bricard.

Ángela apareció en la acera. Las mismas precauciones de antes. Es decir, una recelosa ojeada a los transeúntes y a los automóviles que circulaban en uno u otro sentido.

Luego ella abrió la portezuela, se acomodó y el coche partió a tremenda velocidad patinando sobre la nieve endurecida.

Las atrayentes facciones femeninas no decían nada. Siempre aquella máscara hermética, impenetrable, dura.

Hacia la una del mediodía, el automóvil se detuvo bruscamente en la Place Vendôme.

—Quédese aquí. Volveré en seguida —ordenó ella, invariable.

Los ojos de Jean la siguieron hasta la próxima y famosa cafetería.

Ya se disponía a encender perezosamente un nuevo cigarrillo, cuando vio el bolso: ¡Ángela lo había olvidado!

Rápidamente, Jean lo abrió y lo registró.

Allí estaba la pistola «Walker». Algunas monedas sueltas, un

pañuelo, cigarrillos, un encendedor plateado, un pequeño estuche de maquillaje, un billetero de fina piel de cabra.

Jean lo tomó entre sus dedos. Con movimientos nerviosos, lo abrió e inspeccionó ávidamente su contenido.

Apartó un fajo de billetes, que contó aprisa: algo más de tres mil quinientos francos.

También halló dos tarjetas de crédito, un documento de identidad a nombre de Ángela Mercier...

—Lo corriente —murmuró el hombre, un tanto decepcionado. Aunque ni él mismo sabía qué esperaba encontrar en el interior del bolso.

Ya se disponía a devolver el billetero a su sitio, cuando advirtió la existencia de otro departamento disimulado tras el documento de identidad.

Se trataba de un papel blanco y crujiente, plegado dos veces.

Lo desplegó tras leve vacilación.

Lleno de estupor comenzó a leer el membrete de aquel impreso.

«Prisión especial de mujeres de Rocheblanche.
Dirección...»

CAPÍTULO IV

Antes de seguir leyendo, Labande dirigió una recelosa mirada en dirección a los empañados cristales de la cafetería.

Convencido de que la propietaria del bolso no podría sorprenderle, prosiguió la lectura.

«Yo, Annelise Dompert, directora de este establecimiento penitenciario.

»CERTIFICO: Que el día de hoy extingue su condena de cinco años de prisión mayor la reclusa Ángela Chantal Bricard, nacida Mercier, el veintidós de abril de mil novecientos cincuenta y tres; de estado, divorciada; hija de Raoul Mercier y Chantal Lacombe; condenada por homicidio...»

Jean permaneció durante unos instantes con el documento entre sus dedos, estupefacto.

Así que la mujer que acababa de contratarle era nada menos que una expresidiaria, una criminal peligrosa...

Luego, apresuradamente, como si el documento quemase su piel, lo plegó muy nervioso y lo insertó en el billetero.

Con idéntica agitación guardó el billetero en el bolso y lo dejó sobre el asiento próximo.

Dirigió otra ansiosa mirada hacia la cafetería. No, nadie le había visto registrando el bolso: los viandantes caminaban aprisa, ansiosos por alcanzar el tibio cobijo de sus viviendas.

—Sorprendente —murmuró entre dientes.

Así que la orgullosa, distanciante y hermética Ángela Mercier, la atrayente mujer de los rubios cabellos flotando al viento..., no era otra cosa que una convicta, una fulana que acababa de cumplir una considerable condena en Rocheblanche, una de las peores cárceles

para mujeres del país.

En el certificado, muy escueto, no se especificaba a quién había matado Ángela. Pero ¿qué más daba? Se trataba de una mujer peligrosa, sin duda. Una hembra lo suficiente dura y cruel como para quitar la vida a un semejante.

A su pesar, Jean se sentía muy impresionado.

Recordaba ahora la recelosa actitud de Ángela en aquel sombrío caserón donde pasaran la noche anterior.

Todo indicaba que ella se sentía temerosa, insegura. ¿Cómo explicarse, si no, su vigilancia de la noche anterior, entre las tinieblas, la sucesión de continuas precauciones de que ella hacía gala...?

Una mujer desconfiada, en permanente tensión, que, a pesar de su aparente calma, debía guardar en su interior un verdadero volcán de sensaciones.

A Jean le parecía adivinar que ella se sentía acorralada, dominada por el pánico. Y ello solo podía tener una explicación: MIEDO, temor a una venganza, proviniere de donde proviniera.

Ya estaba considerando el abandonar aquel turbio compromiso, cuando Ángela apareció en la calle con el rostro arrebolado por el frío.

Algún cambio debía haberse operado en su interior, porque ahora su expresión era más abierta, menos dura y concentrada.

Jean le dirigió un rápido vistazo cuando ella se acomodó a su lado, tras el volante: los ojos de la mujer chispeaban, como si interiormente estuviera riéndose de algo o de alguien.

Ella había recogido el bolso del asiento y lo había dejado cuidadosamente sobre su regazo.

De repente, giró la cabeza hacia Labande y le miró rectamente.

—¿Qué...? —inquirió.

—¿A qué se refiere? —respondió él, confuso, jugando con el cigarrillo que no había llegado a encender.

En el fondo de los ojos azules, clarísimos, hubo un chispazo corado.

—*No dejé olvidado mi bolso, señor Labande* —pronunció, con deliberada lentitud—. Lo hice a propósito.

Jean se atragantó.

Pero ella dio al contacto y arrancó, como siempre, bruscamente.

Rodearon la plaza y el «BMW» se dirigió velozmente hacia el norte, cruzando audazmente ante un semáforo en rojo.

Jean encendió el cigarrillo y aspiró profundamente el humo dos o tres veces seguidas.

Se sentía como un raterillo pillado en flagrante delito. A pesar de lo cual, se armó de valor y, sin mirar a la mujer, preguntó:

—¿Quiere decir que dejó su bolso en el asiento a sabiendas de que yo iba a registrarlo?

Por primera vez, Ángela dejó escapar una corta carcajada irónica.

—Naturalmente. Pero ¿no se ha dado cuenta? ¡Está usted en vilo, tan tenso como una cuerda de guitarra! —exclamó la mujer, mordaz—. Tan nervioso, que ni siquiera se preocupó de dejar mi bolso en la misma posición que yo, deliberadamente, lo había dejado.

Labande respiró profundamente.

¡Qué extraña mujer! ¿Cuáles serían, aproximadamente, sus designios, qué era lo que buscaba con aquel juego absurdo?

Labande dio dos chupadas a su cigarrillo y el humo flotó, denso, en el interior del coche, aislado por completo del exterior.

—Está bien —concedió—. Sentía curiosidad. Registré su bolso. Pero no tema: no le he robado nada.

—Me consta —respondió ella, enigmática.

Jean se incorporó sobre el asiento, nervioso, en el preciso momento en que Ángela daba un brusco volantazo a la derecha para evitar la colisión con un autobús urbano.

—Sé que ha estado en la cárcel, que salió de allí hace poco más de dos semanas —pronunció en voz alta, más seguro de sí mismo, y con un cierto tono acusador.

La mujer le dirigió una rápida mirada despectiva.

—Yo quería que usted lo supiera, *Jean* —respondió.

—¡Ya, ya, lo sé! —chilló él, impaciente—. Pero ¿por qué?

Ella tardó en responder, atenta al denso tráfico rodado del mediodía.

Diez minutos después, el «BMW» se detenía en una desierta avenida de Plain Morceau.

Ángela se volvió a mirarle entonces. A pesar de todas sus suspicacias, Jean debió reconocer que la mujer que tenía a su lado

poseía un atractivo físico y espiritual indescriptible. La mirada azul permanecía estática, aguda, directa, vigilante.

—Voy a darle la tarde libre —declaró ella, de improviso—. Puede hacer lo que quiera hasta las nueve de la noche. A esa hora le estaré esperando en este mismo lugar.

Jean parpadeó, sorprendido.

—Pero... ¿no teme que falte a esa cita? Tengo mi dinero en el bolsillo. Podría desaparecer, huir, con sus cien mil francos...

—*Sus* cien mil francos —especificó ella con voz tranquila—. Estoy segura de que volverá. Ringeur aseguró que era usted un hombre de palabra.

—Está bien, ya veremos —respondió Labande, indeciso—. Pero cien mil francos suponen una tentación muy fuerte para un hombre como yo.

Las manos de Ángela, enfundadas en finos guantes de cabritilla, se tensaron sobre el volante.

—Volverá, estoy segura. A las nueve de la noche en este mismo lugar. Pero debe hacer algo más, esta misma tarde.

—¿De qué se trata?

—Vaya a la hemeroteca municipal. Está abierta hasta las siete de la noche. Repase cuidadosamente los periódicos de los días 14, 15 y 21 de noviembre de 1974. Eso es todo —informó Ángela.

Jean se apeó del coche y cerró la portezuela.

De repente, sintió la necesidad de obtener una explicación más amplia a aquella absurda recomendación, pero el «BMW» se apartó de la acera como un bólido y se perdió en la distancia rápidamente.

Durante unos minutos, Jean permaneció en la acera, pensativo e inmóvil.

Luego, caminó aprisa, ansioso por entrar en una taberna y sentirse rodeado de gente vulgar, de respirar la atmósfera pesada, pero familiar de cualquier *bistrot* de barrio.

Almorzó en Chez Chalmain, tomó un par de cafés, una copa de coñac. La temperatura era muy agradable y a través de los cristales empañados podía contemplarse el ir y venir de los transeúntes que luchaban por conservar el equilibrio sobre el hielo que cubría las aceras.

Fumó dos o tres cigarrillos, absorto en sus pensamientos, y pidió la cuenta.

Al desabotonar su chaquetón, Jean vio la etiqueta dorada con aquellas dos palabras: «André Bricard».

Volvió a sonreír irónico. ¿No era paradójico que la mujer de Bricard, aquel condenado *cochon*, aquel sádico implacable, hubiera venido a contratarle por cien mil francos al mes?

Algo buscaba aquella mujer, estaba claro. Algo inconfesable, por supuesto. Porque no se dan cien mil francos a cualquier tipo así como así, eso era lo que pensaba Jean Labande.

Pagó, entregó una generosa propina al camarero y le pidió que llamase un taxi telefónicamente.

El taxista preguntó por él diez minutos después y Jean le invitó a un coñac.

Poco después subían al taxi. El conductor era un hombre de unos cincuenta y cinco años, tranquilo y sesudo, que le condujo sin prisas hasta la hemeroteca municipal.

—«Repase cuidadosamente los periódicos de los días 14, 15 y 21 de noviembre de 1974» —le había recomendado Ángela Mercier.

Tras abandonar el taxi, Jean penetró en las instalaciones de la hemeroteca y deambuló por sus salas hasta que una empleada se le acercó.

Expresó sus deseos a la mujer y ella le guió hasta una cabina próxima.

—No podrá tener los periódicos en sus manos, señor. Para evitar que los ejemplares se deterioren, hemos adoptado un sistema más práctico: el microfilme. Siéntese aquí, por favor. Vea, sólo tiene que pulsar las cifras correspondientes en un teclado para formar la fecha exacta. A continuación, oprima esta tecla y toda la Prensa del día señalado se proyectará a la velocidad que usted desee sobre la pantalla que tiene ante sí. ¿Lo ha comprendido?

—Perfectamente. Gracias —respondió Labande. Y la mujer se alejó.

Formó la fecha inicial: 14 de noviembre de 1974. Con suma atención fue leyendo las páginas microfilmadas, hasta que una noticia le obligó a detener la lenta proyección.

«Macabro hallazgo de un cadáver en Chermant-Laville.

»Un radiopatrulla que hacía su ronda por el distrito,

descubrió en la madrugada de ayer un cadáver horriblemente aplastado en la zona industrial de Chermant-Laville. La policía estima que una máquina apisonadora pesada del depósito de material de obras públicas próximo, debió atropellar a algún vagabundo en la oscuridad. Se especula...»

Jean siguió adelante, decepcionado. Pero la Prensa del día siguiente aclaraba algunos pormenores sobre el dramático suceso:

«De entre los destrozados restos humanos hallados en Chermant-Laville, ha sido posible hallar documentos que permiten afirmar que el individuo atropellado por una apisonadora en dicha zona es el comisario de policía André Bricard, 45 años, divorciado, residente en París.

»Igualmente han sido reconocidos los zapatos y otras prendas de la indumentaria que vestía el infortunado comisario Bricard.

»A pesar de las reservas de los portavoces policiales, se especula con la posibilidad de que se trate de una venganza...»

Jean se mordió los labios, nervioso.

«Así que, finalmente, Bricard encontró la horma de su zapato», pensó, impresionado a su pesar.

Una y otra vez repasó los periódicos de aquella fecha en la pantalla, pero no halló otra cosa que distintas versiones de la misma noticia, por lo que Jean prefirió consultar la Prensa del 21 de noviembre.

Encontró en seguida lo que le interesaba: un reportero especializado en crónicas de sucesos informaba que la policía había dado por segura la identificación: los pingajos destrozados de Chermant-Laville correspondían al comisario Bricard.

La policía buscaba incesantemente al conductor de la máquina que le atropelló, aunque hasta la fecha, desgraciadamente, no hubiera obtenido éxito en la investigación.

Más adelante, el reportero aportaba una noticia-escándalo: tras la muerte de Bricard, se había podido averiguar que éste había

actuado secretamente como asesor de una fuerte empresa constructora durante los últimos años.

«Al conocer el fallecimiento de André Bricard, el gerente de la constructora ha podido constatar que el policía había defraudado más de diez millones de francos a la compañía, merced a su gestión de compras de terrenos para diferentes urbanizaciones.

»Por desgracia, tras la muerte de Bricard, resultará prácticamente imposible averiguar dónde depositó los millones producto del desfalco, pues se ha podido comprobar que su cuenta bancaria arrojaba un saldo negativo de varios centenares de francos...»

Labande abandonó la hemeroteca poco después. Sumido en sus ideas deambuló durante media hora sobre las heladas aceras de los bulevares.

Ángela Mercier, Bricard, su espantosa muerte aplastado por una apisonadora de obras públicas, un desfalco de diez millones de francos fuertes..., todas aquellas ideas danzaban de forma tumultuosa e inconexa en su cerebro.

—En fin —se dijo—. El cerdo de Bricard encontró la muerte que merecía. Paz a los muertos.

Pensó por un momento en las grandes cicatrices de su espalda, pero expulsó de su mente aquellas ideas con un vigoroso movimiento de cabeza.

Sin embargo, se sentía muy intrigado por otra causa: ¿Para qué le había enviado Ángela a la hemeroteca municipal?

—Tal vez para que me informase, de una forma indiscreta, de que el canalla de su esposo yace ya bajo tierra. Quizá imaginó que este hecho podría suponer para mí una especie de revancha —murmuró.

Pero no era aquélla la respuesta acertada, según comenzaba a intuir Labande. Había alguna razón oculta, estaba ya seguro de ello.

Curiosa situación aquélla: Bricard, muerto de forma espantosa en Chermant-Laville..., mientras su esposa, Ángela, cumplía una condena de cinco años por homicidio en Rocheblanche.

Otra cuestión: ¿a quién había matado Ángela Mercier para merecer aquella considerable condena?

Consultó el reloj: eran cerca de las siete de la noche.

Debía decidirse ahora: escapar o... acudir a la cita con Ángela Mercier, a las nueve.

Antes de decidirse, a Jean se le ocurrió una idea mejor: indagar algunos pormenores acerca de la identidad de Ángela, de aquel homicidio.

Labande no contaba con muchas posibilidad para ello.

—O quizá así, con una: Gaston Delacelle —se dijo.

Delacelle era un viejo abogado criminalista y un gran amigo de su familia en los buenos tiempos. Su padre le había encargado durante muchos años de sus asuntos jurídicos y Jean recordaba que Delacelle había sido invitado muchas veces a cenar en su casa.

Decidido ya, entró en un bar y buscó el teléfono. En la guía estaba el teléfono del bufete del abogado. Marcó el número y esperó.

No tuvo que dar muchas explicaciones: apenas escuchar su nombre y apellido, Gaston Delacelle le atajó:

—¡Jean! Pero, muchacho, ¿dónde has estado metido? ¡Hace tantos años que no sé de ti!

—Lo sé, lo sé —respondió vagamente Jean—. He viajado por ahí... Pero le he llamado porque necesitaba una información de usted, *monsieur* Delacelle.

—Me sentiré encantado, si puedo ayudarte, Jean. ¿De qué se trata?

—Una información. Usted se relaciona constantemente con los tribunales y es posible que le suene este nombre: Ángela Mercier. O, tal vez, Ángela Bricard.

—¿Bricard? Claro que me suena: el nombre de un comisario que encontró una muerte horrible hace años.

—Se trata de su esposa, Ángela. Fue condenada por homicidio, en los primeros meses de 1973. ¿Sabe algo de ella?

—No te muevas de ahí, Jean. Voy a consultar mis notas de esa fecha —rogó el abogado.

Poco después, Labande volvía a escuchar su voz:

—Tenías razón, Jean. Tus datos son exactos: a primeros de enero de 1973, Ángela Chantal Bricard, de soltera Mercier, fue hallada culpable de la muerte de su amante, un tal Gilbert Gamouse. La señora Bricard utilizó la pistola de su esposo para matar a su

amante, con el fin de evitar un escándalo, según se supuso entonces. Ella se declaró inocente hasta el final del proceso, pero todo el mundo estuvo seguro de su culpabilidad. Cuando, a la muerte de André Bricard, se descubrió el desfalco de éste, los jueces se afirmaron en su decisión, puesto que parecía muy claro que el policía había robado por instigación de su esposa, una mujer de escasa moralidad, según se deduce.

—Le agradezco su información, *monsieur* Delecelle —habló Jean al cabo de un instante, muy impresionado—. Ha sido muy amable.

—No tiene importancia, muchacho. Celebro haber recibido noticias tuyas, aunque sólo sea por teléfono —respondió el abogado.

Labande volvió a la calle.

Las noticias que acababa de recibir no podían ser más inquietantes, por lo que la prudencia le aconsejaba desligarse de cualquier compromiso con aquella mujer.

Pensaba en todo ello mientras caminaba pausadamente sobre la nieve, que caía sin cesar sobre París.

Ángela Mercier, aquella deliciosa criatura, había acribillado a balazos a su amante, Ángela había instigado al robo a su esposo. ¡Ángela! Una mujer insaciable, dura, ambiciosa, egoísta, una criminal...

—Acudiré a la cita, sí —se propuso—. Le devolveré sus cien mil francos y me apartaré de ella.

Tomó un taxi y se dirigió al lugar de la cita tras esperar durante más de una hora en un abrigado *bistrot*.

Había bebido unos cuantos coñacs. ¿Por qué, de alguna recóndita manera, se sentía irritado consigo mismo?

—Me hice a la idea de correr una aventura, eso es todo —se respondió a sí mismo—. Ahora tendré que olvidarlo.

Pero incluso así no se sentía satisfecho. Pensaba, pensaba, pensaba...

Y cada vez se sentía más desconcertado.

—*Mon Dieu!* ¿Es posible que una mujer tan fina, tan delicada, tan elegante y correcta..., sea una asesina, una cualquiera? —se preguntaba, mientras el taxi le transportaba a velocidad moderada hacia Plain Morceau.

Ordenó al taxista que se detuviera a unos cien metros de su

punto de destino. Luego el automóvil se alejó y el lugar quedó desierto y triste.

La nevada iba cubriendo el pavimento de una alfombra esponjosa y los pasos de Labande resonaban levemente sobre la nieve.

Eran las nueve en punto. Para Jean, lo mejor sería que Ángela Mercier no acudiera a la cita: de esa forma no se sentiría obligado por su palabra.

Torció la esquina: el «BMW» estaba allí, apenas a sesenta metros, estacionado muy cerca de la baranda que limitaba un frondoso jardín privado.

Se detuvo y observó desde la esquina. El coche tenía sus faros apagados, sólo brillaban las luces de posición de color rubí.

Dentro del coche se advirtió también un destello rojizo: ¡Ángela estaba allí dentro, fumando un cigarrillo, sin duda!

Ya se ponía en marcha, cuando vio las dos sombras que se destacaban de la baranda.

Dos individuos caminaban lentamente sobre la nieve. Algo en su actitud huidiza obligó a Jean a ocultarse tras la esquina.

En efecto, un momento después, los dos hombres se separaban y cada uno por su lado se abalanzaban sobre el coche de Ángela.

Impulsado por algún oculto resorte, Jean corrió hacia allá con todas las fuerzas. Sin embargo, se detuvo cautamente y avanzó despacio pegado a la baranda del parque.

De pronto resonó el alarido de Ángela. Y entonces Labande, incapaz de refrenar su impulso corrió locamente hacia el automóvil.

Uno de aquellos individuos se había introducido en el coche por la portezuela derecha, mientras el otro forcejeaba con la mujer a través de la ventanilla izquierda.

Jean llegó junto a éste, le tomó por los cabellos y le golpeó salvajemente el rostro contra las sólidas planchas del «BMW».

En aquel momento, Ángela se desasía de un empujón del otro individuo, arrojándolo fuera del vehículo.

El motor zumbó, potente, mientras Jean contemplaba el rostro ensangrentado del individuo caído a sus pies.

—¡Suba, suba! —gritó Ángela, desesperada—. ¡Dese prisa o le acribillarán!

Rodeó el coche, resbaló, cayó al suelo, se incorporó y alcanzó la

portezuela derecha.

Antes de que se hubiera dejado caer sobre el asiento, Ángela arrancaba ya con su acostumbrada brusquedad. Labande alcanzó la portezuela batiente y la cerró de golpe.

Giró la cabeza hacia atrás y comprobó que uno de los atacantes de Ángela se incorporaba sobre el nevado pavimento.

Inmediatamente fulgió una llamarada, se oyó el estampido de un disparo y el sordo rumor de un pedazo de plomo al traspasar las planchas.

—¡Agache la cabeza y agárrese bien! —gritó la mujer, furiosa.

En cuanto Jean hubo obedecido, el automóvil dio un brusco bandazo a la izquierda, patinó sobre el hielo, montó en la acera y tomó velozmente la primera calle a la derecha.

Detrás de ellos, todavía pudieron escucharse los estampidos de varias detonaciones.

CAPÍTULO V

Jean masticaba sin apetito un trozo de besugo al horno. Por el contrario, la mujer rubia sentada frente a él devoraba su menú con evidente satisfacción.

Labande volvió a llenarse la copa de blanco vino de Burdeos y bebió con cierta ansiedad.

—¿Qué querían de usted? —preguntó bruscamente.

Ella alzó la mirada sin prisas.

—¿Quién..., quiénes?

—No disimule. Sabe que me refiero a los pistoleros que la asaltaron dentro de su coche —pronunció él con voz hosca.

—Le aseguro que no los conozco. Tengo alguna idea al respecto, pero no podré decirle nada hasta realizar ciertas comprobaciones —respondió ella, sin inmutarse.

Ángela acercó su copa y el hombre sirvió vino en ella.

—Pero... ¿es que puede ser tan inconsciente? ¡Esos dos tipos nos balearon! Es evidente que no se trataba de simples atracadores. Si sólo pretendían dinero, se hubieran guardado bien de llamar la atención a balazo limpio —estalló Jean.

—Creo que tiene razón, pero ignoro qué se proponían esos hombres.

Labande se agitó, nervioso.

—¿Eso es todo? ¿Y en estas circunstancias pretende que siga exponiendo mi vida? ¿A ciegas? —exclamó, alzando la voz.

—No chille —le advirtió Ángela con voz firme—. Es cierto que usted me echó una mano cuando esos tipos me acogotaban, pero también lo es que yo le puse a usted lejos del alcance de sus balas...

Se llevó delicadamente la copa a los labios y probó un sorbo de vino.

—Por otra parte, le he entregado cien mil francos. Es mucho dinero, ¿verdad? —observó, con frialdad—. Podía imaginar que no

iba a ganarse cien mil francos por el mero hecho de acompañarme a ver museos.

Jean encendió un cigarrillo.

—Es mucho dinero, lo reconozco. Demasiado. Pero no lo suficiente para perder mi vida —pronunció.

—¿Miedo? —desafió ella.

El hombre se envaró.

—Las cosas claras, señorita Mercier: ahora sé algunas cosas acerca de usted —habló, rabioso—. Sé, por ejemplo, que acribilló a un tipo llamado Gilbert Gamouse. Su amante, según las diligencias del proceso. ¿Cree que puedo fiarme de una mujer... como usted?

La miró. Y quedó sorprendido al contemplar aquellos ojos brillantes de los que brotaban auténticas lágrimas.

Pero ella abrió su bolso, sacó un pañuelo y se secó las lágrimas con un ademán enérgico.

Sus manos temblaron al encender el cigarrillo. Por encima de la llamita azulada del mechero, miró directamente a Labande y dijo:

—Yo no conocía a Gamouse. La primera vez que le vi estaba... muerto.

—¡Repítalo! —exigió Jean, incrédulo.

—Ya lo ha oído. Jamás había visto a aquel hombre hasta la noche en que le encontré muerto en mi dormitorio. Quedé conmovida al descubrir aquel cuerpo sobre la alfombra. Me incliné sobre él, despavorida; le toqué: su cuerpo estaba aún caliente. Muy cerca había una pistola. Inconscientemente la tomé en mis manos y... en ese momento varias personas penetraron bruscamente en la alcoba: eran André Bricard, mi esposo y dos de sus policías. André me miró fríamente y dijo: «Veo que has matado a tu amante, Ángela». Fue inútil que protestara desesperadamente...

Calló, porque su voz se había ido enronqueciendo progresivamente.

Luego miró a Labande a través de las volutas de azulado humo.

—¿No me cree? —preguntó.

—Sí —respondió. Y tan rotunda afirmación le sorprendió a él mismo—. La creo por dos razones: porque nada conseguiría engañándome, en primer lugar. Y la segunda es obvia. Conocí a Bricard: era una sabandija, capaz de urdir cualquier estratagema con tal de conseguir sus fines.

—Gracias —murmuró ella con voz apagada—. Es usted la primera persona que cree en mis palabras.

Permanecieron un instante en silencio. En el bar que se entreveía a través de las cortinas del salón-restaurant, alguien había puesto el tocadiscos automático a infernal volumen.

Jean hizo tintinear su copa con un cuchillo y apareció el camarero. Sin embargo, Ángela se le adelantó: hurgó rápidamente en su bolso y dejó unos billetes sobre la bandeja del camarero.

Abandonaron el discreto restaurante y salieron a la calle.

Había cesado de nevar, pero soplaba un finísimo viento helado del norte que congelaba sus mejillas.

Caminaron pausadamente hacia el automóvil, estacionado bajo las ramas desnudas de una acacia.

Ángela se detuvo y le miró.

—¿Se queda o se va? —preguntó.

—Me quedo —decidió. Y añadió—: Pero su compañía es evidentemente muy peligrosa, señorita Mercier. Tendré que proveerme de un arma por si surgen nuevas complicaciones.

—No es necesario. Le daré mí «Walker» —ofreció ella, hurgando en el fondo de su bolso.

Labande tomó la pistola en sus manos con aprensión. Pero en seguida abandonó su actitud recelosa: había decidido creer a la mujer que tenía a un paso de distancia.

Ángela abrió su portezuela y ambos se acomodaron en el confortable interior. Segundos después, el «BMW» retornaba al centro de la ciudad.

Fumaron en silencio.

Jean ardía en deseos de pronunciar mil preguntas, pero Ángela conducía con la vista fija en la carretera cubierta de sucia nieve y aparecía ensimismada.

Jean pensaba y pensaba sin cesar.

Contemplaba de reojo el puro perfil de la mujer y se preguntaba inútilmente qué hondas pasiones bullían en su corazón.

No podía evitarlo: por una parte experimentaba un sordo temor por su presencia, ante su personalidad misteriosa, ante el mundo enigmático y amenazador que debía ocultarse tras su frente ligeramente abombada.

Por otra parte, sin embargo, era precisamente aquello lo que

más le atraía de Ángela Mercier: su semblante hierático, su recia voluntad, la disimulada tristeza que se ocultaba tras sus limpios ojos azules y se reflejaba a veces en el leve temblor de sus labios.

«Yo diría que se trata de una mujer que ha abordado ciegamente una empresa superior a sus fuerzas», pensó.

El automóvil había alcanzado ya la ciudad y rodaba velozmente a lo largo de una carretera de circunvalación.

Jean consultó disimuladamente su reloj. Eran las doce y diez de la madrugada y el tránsito de vehículos decrecía progresivamente.

Sin embargo, ella debió captar su movimiento, porque preguntó sin mirarle:

—¿Tiene prisa, Jean?

—¿Prisa? No. En cualquier caso, usted manda, ¿no es cierto?

Pero ella no hizo ningún otro comentario. Poco después el «BMW» se estacionaba bajo una hilera de añosos castaños. A la derecha podían verse las deslucidas fachadas de unas viejas naves comerciales. Al otro lado corría un muro de ladrillos de más de dos metros de altura.

Por encima del muro, se balanceaban los erguidos cipreses cuajados de nieve.

—Pero esto..., ¿es el cementerio de Pére Lachaise! —exclamó Jean, estupefacto.

Ángela asintió.

—Aquí enterraron a André Bricard —dijo por toda explicación. Y añadió—: No he dicho «mi esposo» porque él se apresuró a solicitar el divorcio en cuanto el tribunal me condenó. Naturalmente, lo obtuvo.

Jean encendió un cigarrillo.

—¿Qué se propone? —preguntó receloso.

Ángela tomó el paquete de cigarrillos que el hombre mantenía en su mano izquierda, sacó uno y lo encendió con la llama que él le ofreció.

—Veo que usted no conocía a Bricard —susurró ella, tras lanzar una bocanada de humo—. Escuche, Jean: cuando yo llevaba algunos meses en prisión, supe que André había muerto. Ya lo sabe: una muerte horrible. Una apisonadora le pasó por encima. Su cuerpo quedó terriblemente aplastado, a excepción de las piernas. ¿Para qué le voy a engañar? Secretamente, me alegré. Porque él me

había torturado desde que, muy joven, me uní en matrimonio a él. Fue una estupidez, lo sé, pero yo le admiraba entonces. Era duro, fuerte, decidido...

Dio una nueva chupada al cigarrillo y apoyó las finas manos sobre el volante. Su semblante daba una directa impresión de lejanía en aquel momento.

—Pero no quiero alejarme de lo que iba a decirle, Jean —prosiguió al cabo—. Reconozco que no sentí su muerte. ¿Tenía motivos para llorarle? André había urdido una sucia trampa para librarse de mí, me había arrojado a la cárcel... «Paz a los muertos», pensé. Y me esforcé en borrarle de mi memoria. Algún día saldría de la prisión y yo podría rehacer mi vida. Pero algunos días después, el 21 de noviembre de 1974, vinieron a verme unos policías. Me interrogaron...

Según Ángela, los policías procedentes de París parecía sumamente interesados en averiguar el paradero de los diez millones de francos que André Bricard había defraudado a una empresa constructora.

—Me sentí muy sorprendida, pues André jamás me había hablado de otras actividades personales que las propias de su cargo como policía —continuó Ángela—. Hablé con ellos y les convencí. No volvieron a molestarme.

—¿Qué dijo a los policías? —quiso saber Labande.

—La verdad. Les expliqué que era huérfana desde los trece años y que mi tía, Florence Hamilton, había sido mi tu tora hasta mi mayoría de edad. Mis padres me habían dejado una cantidad considerable de dinero al morir, que tía Florence jamás había tocado, puesto que ella poseía fortuna suficiente para ocuparse de mis gastos. Les hice saber que, prácticamente, todo lo que había en casa era mío, que André dilapidaba su sueldo de alguna forma inconfesable. Había documentos: la casa de Longville era mía, yo había pagado el coche con mi dinero, los muebles. Además, en mi contrato matrimonial estaba la cláusula de la separación de bienes, que sólo acepté por los repetidos ruegos de tía Florence, que jamás vio con buenos ojos a André...

Jean escuchaba la confidencia con suma atención. No quería interrumpir a Ángela, que hablaba ahora con los párpados entornados, como si viviera realmente cuanto estaba narrando.

—Cuando supe lo del desfalco, una inquietante idea comenzó a dar vueltas en mi mente —añadió ella, tras una leve pausa.

—¿Qué idea? —preguntó Labande.

—Dos años de matrimonio, me permitieron conocer a André a fondo —declaró Ángela, girando la cabeza hacia él—. Tenía una mente retorcida, maligna, intrigante, capaz de maquinarse los planes más ruines... Aquellos diez millones del desfalco suponían para mí un indicio. ¿Y si André sólo hubiera fingido su muerte para evadir la responsabilidad y gozar libremente de aquel dinero lejos de este país?

CAPÍTULO VI

Jean se removió sobre su asiento.

—Pero... ¡suponer tal cosa es más que descabellado! La policía le identificó, comprobó que se trataba del cadáver de Bricard —protestó.

De repente, ella se echó a reír.

—¡Es usted un ingenuo, Jean! —exclamó—. ¿Qué elementos tenía la policía en su poder? ¡Yo se lo diré! Tenían un carnet de identidad, su placa de policía, las ropas que él solía vestir... Y nada más. No pudieron comprobar sus huellas dactilares, porque el cuerpo estaba convertido en pura pulpa.

Arrojó furiosamente la colilla del cigarrillo por el resquicio del cristal y volvió a mirar a Labande en la semipenumbra del interior del coche.

—Detesto hablar así, puede creerme. Pero algo me dice que André supo burlarse de la policía —pronunció con lentitud. Y añadió súbitamente—: De todas formas, he venido hasta aquí para comprobar la verdad.

—¿A qué se refiere? —inquirió Labande, muy inquieto.

Ella dirigió una mirada a los cipreses que se mecían sobre el muro del cementerio.

—André hizo su servicio militar en África. Tuvo un accidente de camión y se rompió la pierna derecha: fractura de tibia y peroné. Sus huesos no soldaron bien y los cirujanos hubieron de colocarle una prótesis para reforzar la tibia: una placa de plata sujeta con tornillos al hueso. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Sí. Si el cuerpo aplastado por la apisonadora era el de Bricard, podrá hallarse la prótesis en la tibia de su pierna derecha —asintió Jean.

—¡Exactamente! —exclamó la mujer, más animada—. Pocas personas sabían la existencia de esa prótesis en la pierna derecha de

André. El solía ocultarlo, porque hacía gala siempre de un tremendo orgullo personal. Yo llegué a saberlo en mitad de una tempestuosa conversación en la que puse en duda su virilidad. El me habló entonces de su campaña en África, de su pierna rota y de otras cosas... Pero volviendo a lo de su pierna: la cicatriz de la operación había ido disminuyendo con los años y apenas se notaba. La prótesis, cubierta por el músculo de la pantorrilla, no era visible. Ni siquiera se podía palpar fácilmente al tacto. De modo que la autopsia no pudo reflejar esta especial circunstancia...

Calló.

Jean encendió otro cigarrillo y elevó las solapas del chaquetón que había pertenecido a André Bricard.

No nevaba, pero seguía soplando el cierzo y en el interior del coche comenzaba a sentirse un frío intenso.

Ángela tomó una linterna y se volvió a mirar a través del cristal posterior. No circulaba nadie por las inmediaciones, estaban solos.

—¿Viene? —susurró ella.

—¿Por qué he de ir? —gruñó él, irritado—. Imagino que se propone exhumar el cadáver de su esposo o de quien sea. Y eso significa un delito.

Ángela abrió la portezuela con un gesto enérgico.

—¡No importa! —exclamó—. Iré yo sola.

—¡Espere! —gritó Labande, antes de que ella cerrase la portezuela desde el exterior.

—¿Qué? —Ángela apoyaba una mano sobre el techo del vehículo, expectante.

—Iré con usted —barbotó el hombre, rabioso—. Sin embargo, estoy seguro de que ha estado utilizándome.

—¿Por qué?

—¿Lo pregunta? Me escogió a mí, deliberadamente, porque sabía que guardaba rencor contra Bricard. Usted eligió para sus fines a un hombre que odiase a su esposo.

—No tengo esposo —puntualizó ella con sutil ironía.

—¡Al diablo! ¿Qué más da? Sé que me escogió porque yo odiaba a Bricard.

—Es cierto. Necesitaba a un hombre entero, capacitado, valeroso... Ringeur me habló de usted. Lo demás... lo averigüé por mí misma. Pero ¿va a venir?

Jean abandonó el coche rezongando entre dientes.

Malditas las ganas que tenía de meterse en aquel condenado lío, pero...

Ángela estaba ya junto al muro y había guardado la linterna en un bolsillo de su holgado chaquetón de ante.

—Agáchese —indicó.

Jean obedeció y ella cabalgó ágilmente sobre su espalda hasta sustentarse sobre los anchos hombros masculinos.

Labande se irguió con facilidad y Ángela cabalgó de un envite sobre el muro cubierto de nieve.

Jean maldijo entre dientes cuando los copos de nieve cayeron sobre su cabeza y se escurrieron entre el cuello de su chaquetón y la piel.

—¡Salte! —le animó ella en un susurro.

Labande medía un metro ochenta y cinco centímetros y acudía al gimnasio diariamente, por lo que escalar el muro supuso apenas unos segundos para él.

La mujer se descolgó, silenciosa como un felino, y el hombre la siguió.

—Está loca —susurró Jean al oído de Ángela—. Debe haber un guarda, un sepulturero, lo que sea. ¡Si nos descubrieran aquí...!

—No tema —respondió ella con el mismo sigilo—. He hecho varias visitas a este cementerio durante los últimos días. Incluso he llegado a intimar con Julien, el viejo jefe de los sepultureros. Sé que él y su familia se meten en su pabellón al anochecer y no salen de allí para nada. Por otra parte, la tumba de André está al fondo del camposanto, en los más alejados cuarteles. Nadie nos verá.

Ángela le tomó de una mano y tiró de él.

Lo cierto era que Jean no tenía miedo exactamente. Era consciente, sí, de que aquella acción podía llevarles a la cárcel. Y por otra parte, la visión de la dilatada extensión del Père Lachaise salpicado de tumbas no era de lo más agradable en una noche como aquélla.

El viento, cada vez más fuerte, silbaba entre las ramas de los cipreses produciendo un zumbido quejumbroso.

De todas formas, se dejó guiar por la mujer que caminaba con seguridad a lo largo de uno de los paseos entre las fosas.

Luego, muy alejados ya del muro, Ángela se vio obligada a

encender la linterna de forma intermitente para poder seguir avanzando, puesto que la noche era oscura como boca de lobo.

Los pasos resonaban quedos sobre la nieve. Jean se volvió a mirar y sólo pudo ver el resplandor lejano de los focos que iluminaban la carretera del cementerio.

De repente, Ángela se detuvo.

—Es ahí —susurró, liberando la mano del hombre.

Jean hinchó sus pulmones del frío aire.

El cono luminoso de la linterna de Ángela enmarcaba en óvalo la losa de piedra barata que cubría una tumba.

—«André Bricard,

1929-1974»

—silabearon los labios de Labande la inscripción grabada sobre la losa.

Pero Ángela le arrastró lejos de allí a paso vivo.

Sobre el muro del fondo se hallaba la sala de autopsias empleada años atrás, que ahora, según le informó Ángela, se utilizaba como almacén de herramientas.

Llegados allí, ella introdujo un llavín en la cerradura y la puerta se abrió con un leve chirrido.

—¿Cómo..., cómo consiguió esa llave? —indagó él, asombrado.

—Estuve charlando en este mismo lugar con Julien, el jefe de sepultureros. El se había dejado las llaves colgando de la cerradura y... aproveché la ocasión.

—¿La robó?

—Por supuesto que no. Julien la hubiera echado en falta en seguida y posiblemente se hubiera apresurado a cambiar la cerradura.

—¿Entonces...?

—Tenía un estuche de chicles en mi bolso. Mastiqué dos de ellos y mientras Julien colocaba las herramientas en el interior, saqué la llave y conseguí un molde sobre la goma blanda del chicle. El resto fue fácil.

«Una mujer llena de recursos», pensó Jean, asombrado. Pero ella le empujó hacia dentro y Jean avanzó unos pasos.

La humedad se mascaba dentro del lúgubre recinto. Había algunos viejos ataúdes apilados en un rincón —los féretros destinados a los pobres de solemnidad— y un sinfín de

herramientas y útiles de los empleados en el cementerio.

—Escoja —indicó Ángela—. Los hombres suelen conocer las herramientas mejor que las mujeres. Seleccione las imprescindibles para levantar la losa del sepulcro.

Labande la miró al resplandor de la linterna. Ella no parecía muy impresionada por el silencio del tétrico recinto.

—Dígame una cosa —susurró el hombre—. ¿Hubiera sido capaz de venir hasta aquí... sola?

Ángela le miró con fijeza.

—Hubiera venido sola, si no hubiera encontrado a una persona capaz de acompañarme —declaró.

Pero inmediatamente una sonrisa dulcificó sus facciones.

—Sin embargo —añadió—, confieso que me siento más segura en su compañía, Jean.

¡Vaya, la terrible mujer comenzaba a dar muestras de humanidad!

Rápidamente, Jean apartó un picó y una palanca de hierro de unos dos metros.

—Creo que esto servirá —dijo. Y tomó las herramientas.

Ángela cerró la puerta a su espalda y le guió con el haz de la linterna hasta la fosa de Bricard.

Ante ella, Jean apoyó las herramientas sobre la losa y miró a la mujer.

—¿Está segura de querer seguir adelante? —preguntó, serio.

—Sí —respondió ella, imperturbable.

—Muy bien. Coja la palanca y siga mis instrucciones.

Labande apoyó la zapa del pico sobre el borde de la losa y cargó su cuerpo sobre el mango de la herramienta.

La pesada losa se alzó unos centímetros y Jean murmuró:

—¡Ahora! ¡Meta el extremo de la palanca en el hueco!

Lo demás fue fácil. Moviendo hábilmente la palanca, Labande fue removiendo la losa hasta que ésta quedó apoyada sobre el marco de la fosa.

Un metro más abajo estaba el féretro, cubierto del polvillo verdoso del moho.

Jean descendió, pidió el pico a Ángela y de un solo golpe destrozó el cierre dorado de la tapa.

—Baje —indicó a Ángela, cuando los restos envueltos en una

sábana estuvieron a la luz.

Ella se estremeció de espanto.

Pero tomó la mano de Labande y descendió hasta el fondo de la fosa.

CAPÍTULO VII

Jean examinó, asombrado, el hueso que la mujer había sacado de entre los pobres despojos.

—Vea —dijo ella con voz vibrante, triunfal.

La tibia y el peroné estaban aún ligados a la rodilla y a la articulación del pie. Y los huesos estaban enteros, indemnes.

Incrédulo, Labande tomó los restos óseos en su mano y observó cuidadosamente a la luz de la linterna que Ángela mantenía en su mano izquierda.

—No veo ninguna prótesis, ninguna placa de plata —afirmó él—. Por lo demás, yo diría que estos huesos corresponden a una pierna derecha. Luego...

—¡Yo tenía razón! —exclamó la mujer, muy excitada—. André preparó esto para fingir su muerte. Escuche, él se valió de Gamouse, un aventurero sin escrúpulos, para enviarme a la prisión. Estoy segura de que fue él mismo quien lo mató cuando aquel desgraciado asistió a su cita en mi casa sin imaginarse que jamás saldría vivo de allí. ¿Por qué no imaginar que escogió a cualquier vagabundo de una complexión física semejante a la suya para convertirlo en pulpa bajo las pesadas ruedas de una apisonadora?

Jean asintió con el gesto.

—Es posible. Poseía una mente retorcida, diabólica, capaz de cualquier monstruosidad. Si todo ocurrió como pensamos, ello vendría a significar que...

—... que André Bricard está vivo —completó la mujer.

Durante unos segundos, Jean contempló, perplejo, los huesos que tenía en la mano.

Al cabo, los arrojó, asqueado, sobre los jirones de la podrida mortaja y se sacudió las manos violentamente.

El viento soplaba ya huracanado y los rubios cabellos de Ángela nublaban sus facciones.

—Bien —dijo el hombre—. Ya tiene lo que quería. ¿Qué esperamos aquí? Coloquemos la losa en su sitio y larguémonos de este desagradable lugar.

Cerró la tapa del féretro con la puntera del zapato y saltó fuera de la fosa ágilmente.

Ángela hizo otro tanto y Jean colocó la palanca de hierro bajo la losa. Pacientemente fue removiéndola sobre el marco de hormigón hasta dejarla en su posición correcta, tapando la tumba.

Ya se disponían a devolver las herramientas al almacén, cuando Ángela apagó la luz súbitamente.

—¿Ha oído, Jean? —susurró en la oscuridad.

El hombre aguzó el oído y escuchó claramente el rumor de pasos que traía el viento.

—Alguien corre hacia aquí. ¡Deje ese pico! ¡Huyamos! —urgió él.

Corrían locamente hacia el fondo del cementerio, cuando las llamaradas de una metralleta iluminaron en tonos cárdenos los mausoleos del camposanto.

La cabeza de un ángel esculpido en mármol blanco rodó sobre el caminillo, limpiamente cortada por la ráfaga de plomo.

Ángela exhaló un gemido y Jean se detuvo.

«¡La han acribillado!», pensó, enloquecido.

Su instinto de conservación le impulsaba a correr con todas sus fuerzas, a huir, a alejarse de aquel maldito lugar.

Sin embargo, volvió sobre sus pasos y tropezó con la mujer, que se había incorporado y corría, cojeando ostensiblemente.

—¿Qué...?

—Nada —gimió ella, valerosa—. Tropecé y caí. He debido torcerme un tobillo.

Jean la tomó de un brazo y tiró de ella hasta alcanzar la protección de una tumba rodeada de rescos matojos cubiertos de nieve.

Jadeantes, aguardaron unos segundos.

Sólo se oía el rugir del viento que soplaba salvajemente en su dirección.

Pero en la oscuridad volvieron a brillar las llamaradas rojizas de una nueva ráfaga de disparos.

Inmediatamente, Jean se puso en pie y obligó a incorporar a la

mujer.

Agachados, al amparo de los macizos mausoleos de mármol, corrieron desesperadamente.

—¡Jean! —gimió ella—. ¡No puedo más! ¡Mi tobillo...!

Pero él simuló no escucharla. Porque sabía que estaba en juego la vida de los dos.

De repente, él notó bajo sus pies la consistencia de unos tablones.

Inmediatamente perdió el equilibrio y ambos cayeron al fondo de una fosa de unos tres metros de profundidad.

El batacazo fue doloroso. De bruces contra el suelo cubierto de hielo, Jean jadeó hondamente, sintiendo todos sus músculos doloridos.

Fuera, en la superficie, resonaron unas voces coléricas:

—¡Tienen que estar por aquí...!

Jean movió una mano y abrazó a Ángela.

—¡No te muevas! Si nos descubren, nos cubrirán de plomo —susurró a su oído.

Transcurrió un minuto. Podían oír perfectamente el rumor de pasos sobre la nieve y las maldiciones de varias personas que debían estar registrando los alrededores.

—¡Jean! —gimió la mujer—. ¡Estoy..., creo que estoy... palpando una calavera!

Dominada por el pánico, ella encendió un instante su linterna. Un alarido se estranguló en su garganta cuando el hombre tapó su boca de un violento manotazo.

Se encontraban en el fondo de un osario.

La fosa tenía unos tres metros de profundidad por uno de ancho. El extremo más alejado, cubierto por cinco tablones gruesos de los utilizados en la construcción, estaba lleno casi hasta la superficie de restos óseos.

—Es impresionante, lo reconozco —dijo Labande, con un hilo de voz—. Pero creo que estaremos mejor allá arriba.

—¡Dios mío! No sé si podré soportarlo —susurró Ángela.

Pero él la empujó hacia adelante. Bajo sus pies crujieron secamente los huesos, mas Labande no se detuvo hasta que alcanzaron la cima del fúnebre montón.

Se acurrucaron bajo los tablones como dos animalillos

indefensos y Jean pasó una mano sobre los hombros de la mujer, que apenas podía evitar el castañeteo de sus dientes.

Con la mano izquierda, Labande sacó la pistola, retiró el seguro y aguzó el oído.

Las voces sonaban lejanas ahora.

«Por fortuna, el huracán ha helado la nieve caída durante el día y nuestros pies no han dejado huellas sobre el hielo. Tal vez, esos tipos opten por marcharse...», pensó él.

Pero súbitamente resonaron unos pasos cercanos.

—¡Vamos, buscad! —gritó una voz airada—. ¡Tienen que estar agazapados por aquí! ¡No han tenido tiempo de escapar...!

Ángela se estremeció junto a su pecho.

Jean alzó la «Walker» y apoyó el índice sobre el gatillo.

Fueron unos instantes llenos de tensión. De repente, brilló una luz.

Alguien manejaba una linterna, cuyo haz luminoso recorrió el fondo de la fosa lentamente.

Al resplandor de la linterna, Jean pudo ver un par de piernas hasta las rodillas.

Tentado estaba de disparar, cuando escuchó la voz de aquel individuo.

—Parbleu, qué porquería. ¡Por supuesto que sería el último lugar que alguien escogiera para esconderse!

—¿Qué quieres decir? —preguntó una voz más lejana por encima del ulular del viento.

—¡Es un osario! Aquí no hay nadie. Larguémonos. Esa pareja se ha burlado de nosotros —gruñó el tipo que registraba el hoyo con su linterna.

Jean dejó escapar un leve suspiro cuando la luz se esfumó. El tipo giró sobre sus talones y algunos fragmentos de tierra y hielo cayeron al fondo de la fosa.

Tiritando, encogidos, aguardaron todavía un buen rato sobre el montón de calaveras.

Poco a poco, Jean se irguió, tanteó los tablones que les ocultaban y separó uno de ellos.

Sacó la cabeza y atisbo desde allí.

El lugar parecía desierto y hasta sus oídos no llegaba otro sonido que el silbido ululante del viento entre las elevadas ramas de los

cipreses.

—Vámonos —susurró—. Se han marchado.

—Pero el guarda... Julien ha debido escuchar esos disparos —contestó Ángela con un trémulo entrecuchar de dientes.

—Lo dudo. Julien debe hallarse en lo mejor de sus sueños. Por otra parte, el viento sopla hacia el sur y ha debido arrastrar los estampidos de los disparos. Vamos, ven conmigo.

Jean se irguió fácilmente entre dos tablones. Ángela le tendió las manos y el hombre la izó con fuerza hacia arriba.

—¿Las herramientas...? —musitó ella, cuando caminaban ya agachados hacia el almacén.

—Au diable! —gruñó Labande—. Julien las recogerá mañana.

Alcanzaron la fachada del almacén. Desde una de las ventanas enrejadas, Jean alcanzó el repecho del muro, desde donde izó a la mujer.

Con toda clase de precauciones, contornearon el recinto del camposanto caminando sobre montones de cascotes.

Desde la esquina que limitaba con la carretera, dirigieron un vistazo a la izquierda y no vieron nada sospechoso.

Pero cuando llegaron junto al «BMW», advirtieron que las cuatro ruedas estaban desinfladas, cosidas a navajazos.

—Debieron seguarnos y espiarnos —dijo Jean—. Posiblemente, imaginaron que el cementerio era un buen lugar para deshacerse de nosotros. Después de acribillarnos a balazos, no les hubiese resultado muy difícil cavar una sencilla fosa y enterrarnos. Así de fácil.

Ángela rió, histérica.

—Así de fácil —repitió, ya más calmada.

—Bien, tú mandas. ¿Cuál será nuestro próximo paso? —preguntó Labande.

Ángela protegió su rostro con las cálidas solapas de su chaquetón de piel.

—Puesto que no podemos utilizar el coche, caminemos hasta encontrar un taxi. Es posible que a estas horas todavía podamos encontrar habitaciones en algún hotel —dijo.

Jean miró su reloj. Eran las tres de la madrugada.

Por su parte, Ángela había abierto el coche y recuperaba su bolso.

Echaron a andar a paso vivo, sacudidos por el fortísimo cierzo.

—No creo que sea muy fácil encontrar un par de habitaciones a estas horas —comentó él, escéptico.

Ángela le miró fugazmente.

—Nos bastará con una —fue su sorprendente respuesta—. Podemos inscribirnos como el señor y la señora Labande.

Jean la miró, estupefacto.

Pero ella se apresuró a añadir:

—Por nada del mundo dormiría sola esta noche. Me vería asaltada por tremendas pesadillas, después de media hora sepultada en ese horrible lugar...

Labande no dijo nada.

Se limitó a pasar un brazo sobre los hombros de Ángela y a oprimirla levemente contra su pecho.

Y esta vez ella no se resistió al contacto.

«Aunque sólo sea para mitigar el dolor de su tobillo hinchado», pensó Labande, burlón.

CAPÍTULO VIII

Jean se rebulló, somnoliento, entre las tibias sábanas.

Inconscientemente, alargó un brazo para acariciar a la mujer que había dormido con él.

Pero el lugar que Ángela había ocupado en la amplia cama estaba ahora vacío.

Jean se irguió de un salto.

Faltaba Ángela, faltaban sus ropas.

—Se ha marchado —murmuró estúpidamente. Y sintió un sabor amargo en el paladar.

Desnudo, cruzó el espacio que le separaba del cuarto de aseo. Pero Ángela tampoco estaba allí, aunque la pequeña habitación estaba aún impregnada del peculiar perfume de la mujer.

Consultó su reloj de pulsera: eran más de las doce del mediodía.

Indeciso, registró nuevamente las dos piezas, buscando algo impreciso.

—Quizá me haya dejado una nota —se dijo.

No encontró ningún mensaje.

«Ha huido, me ha abandonado», imaginó. Y se sintió aún más triste.

Al fin, penetró en el baño, se duchó con agua tibia, se secó y se vistió pausadamente.

Estaba peinándose ante el espejo, cuando escuchó el característico chasquido de la cerradura.

Aguardó, desconfiado.

A través de la rendija de la puerta del lavabo, atisbo con cautela.

—¡Ángela! —exclamó al reconocer a la mujer que dejaba en aquel momento un paquete sobre el lecho.

Era una exclamación de alegría que salía cálida y espontáneamente de entre sus labios.

Ella se volvió, le miró y sonrió.

—Se diría que estás contemplando a un resucitado —bromeó ella.

—¡Ángela! ¿Por qué te marchaste sin dejarme una simple nota? —exclamó Jean con reproche.

Ella se libró de sus guantes y vino hacia él.

—Estabas durmiendo como un bebé cuando desperté. Tenía varias cosas que hacer y decidí levantarme. Calculé que podría estar de vuelta antes de que despertases, por eso no te dejé ninguna nota —explicó.

Jean dejó escapar un suspiro.

—¿Qué eran esas cosas que tenías que hacer? —preguntó.

—Llamé por teléfono a mi taller mecánico y ordené que fueran a recoger mi coche. Lo he vendido, Jean: el «BMW» estaba ya muy visto y podrían identificarnos fácilmente a través de él. Así que he comprado un «Porsche» en muy buen estado. Nos espera abajo. Si estás dispuesto, podemos marcharnos. He comprado alguna ropa interior para ti, cigarrillos, una botella de *whisky*... También he pagado la cuenta del hotel. ¿Vamos?

—Está bien, pero ¿adónde?

—Te lo diré por el camino —respondió ella, enigmática.

Metió la ropa que había comprado en su bolso de viaje y se dirigió a la puerta. Jean la siguió a la carrera, pues ella caminaba muy aprisa.

—¿Has mirado la Prensa? —preguntó Labande cuando el ascensor les llevaba hasta la planta baja.

—He mirado algunos periódicos por encima. No, no hay ninguna reseña relacionada con el cementerio de Père Lachaise, si te referías a eso —respondió Ángela.

Salieron. Ella cojeaba ligeramente al caminar.

Ante la fachada del hotel estaba aparcado un bonito y bajísimo «Porsche» de un color blanco inmaculado.

—Conduce tú —indicó ella, entregándole las llaves.

Jean las tomó tímidamente, abrió la portezuela, permitió que ella subiese e introdujo la llave de contacto en su cerradura.

Dio el encendido y el motor rugió, potente.

Arrancaron. Era una delicia conducir un coche como aquél sobre las nevadas calles de París. Los neumáticos, dotados de clavos de acero, agarraban perfectamente sobre el hielo y la conducción era

cómoda y segura.

—¿Hacia dónde viajamos? —preguntó él, finalmente.

—Hacia el sur. Autopista

M-l

—respondió ella.

Había sacado dos cigarrillos, uno de los cuales, ya encendido, puso en los labios del hombre.

—¿Y bien...? —habló él, luego—. ¿Cuáles son tus planes?

La miraba de refilón y advirtió que las facciones femeninas se endurecían notablemente.

—Debo averiguar dónde está André Bricard —dijo.

—¿Deseos de venganza? —indagó él.

—No se trata sólo de venganza —respondió Ángela, chispeantes los azules ojos—. Se trata principalmente de mi seguridad, de mi vida. Y, ahora, también de la tuya.

—No te entiendo...

—¿No lo entiendes? ¿Olvidas que anoche trataron de asesinarnos en Pére Lachaise? Pero hay muchas cosas que aún ignoras. No he hablado claramente antes porque quería estar segura de ti...

—Y ahora, ¿lo estás? —preguntó él, espiándola.

Una sonrisa distendió los carnosos labios de la mujer.

—Ahora sí —confesó—. Y por eso quiero que lo sepas todo.

—Adelante —invitó Jean, sin descuidar la conducción del rápido «Porsche».

—Han atentado tres veces contra mi vida desde que abandoné la prisión, Jean —declaró ella, seria—. La primera noche, prendieron fuego a la pensión donde me hospedaba y salvé la vida porque salté a tiempo desde un primer piso. Pero cuatro personas inocentes quedaron achicharradas entre los rescoldos antes de que los bomberos extinguieran el fuego.

Labande dejó escapar una exclamación de asombro.

Pero Ángela seguía hablando, concentrada en sus recuerdos.

—Con el fin de pasar desapercibida, alquilé un apartamento en L'ille.

Transcurrieron cinco días sin que ocurriera nada. Una noche...

Ángela regresó a casa hacia las nueve de la noche, abrió la puerta de su apartamiento y volvió a cerrarla bruscamente, tras lo

cual huyó apresuradamente escalera abajo.

—¿Por qué? —indagó Labande, sorprendido.

—Tengo un extraordinario sentido del olfato. Cuando abrí la puerta, mi nariz se impregnó de un fuerte olor a colonia barata masculina: algún intruso estaba esperándome en mi apartamento. Que mis sospechas eran fundadas, se demostró en seguida: apenas pisé la acera cuando comenzaron a dispararme desde lo alto. No sé cómo tuve serenidad suficiente para llegar hasta mi coche, pero lo cierto es que logré escapar con vida.

Aquella noche, Ángela se vio obligada a dormir en el interior de su coche, estacionado en un bosquecillo de las afueras.

—Me sentía tan indefensa como un animalillo acorralado. Estaba desesperada y no sabía dónde cobijarme. Finalmente decidí esconderme en nuestra antigua residencia: el caserón de Longchamps donde dormimos anteanoche.

—¿Por qué no pediste protección a la policía, por qué no denunciaste los dos atentados? —preguntó Jean.

Ángela le miró con pena.

—¿Recurrir a la policía? Para ellos, Ángela Mercier es una apastada: la esposa adúltera de uno de sus camaradas, la mujer que asesinó a su amante, ¿lo has olvidado? —exclamó ella, con amargura.

Jean la miró, compasivo. Ahora, por fin, ella se mostraba sensible y desvalida. Humana, en una palabra.

—El tercer atentado tuvo lugar anoche y tú mismo fuiste protagonista —siguió ella, al cabo—. Ahora estoy segura de una cosa.

—¿De qué?

—André está detrás de todo esto.

—No lo creo —arguyó Jean—. Si, como suponemos, está vivo, habrá adoptado un nuevo nombre, otra personalidad distinta y posiblemente haya huido lejos de este país. Atentar contra ti sería como ponerse en evidencia.

—Pero él debe sentirse nervioso, inquieto. Sabe que soy una mujer tenaz, que no voy a conformarme con mis cinco años de cárcel. André estaba al tanto de mis cosas, él supo inmediatamente que yo había abandonado la prisión y decidió quitarme del medio para evitar que yo le identificase y desenmascarase.

—Suponiendo que todo eso fuese cierto, ¿cómo piensas llegar hasta él? El debe tener mucho dinero, es un hombre peligroso...

—Yo también poseo dinero suficiente. Cuando me casé con André, mi fortuna personal ascendía a unos seis millones de francos. Tía Florence murió un año después en un hospital de Londres y me legó dos millones de libras esterlinas. ¿Crees que es suficiente dinero como para intentar mis propósitos?

Jean dejó escapar un silbido admirativo. Nunca hubiera podido imaginar que Ángela Mercier fuera tan rica.

Pero inmediatamente una lúgubre idea comenzó a inquietarle.

«Si los pistoleros de Bricard logran encontrarla al fin, de nada le servirá su considerable fortuna».

Habían alcanzado la autopista M-L y el «Porsche» rodaba a cien por hora hacia el sur.

—Hay una desviación a la derecha a menos de un kilómetro, Jean —indicó la mujer—. Tómala.

Minutos después viajaban por una carretera secundaria. Atravesaron un bosquecillo de pinos y al fondo de un valle apareció un pueblo:

Hauver-L'Eglise.

—He conseguido localizar a la viuda de Gilbert Gamouse y parece estar en buena disposición para hacerme algunas confidencias —declaró Ángela. Y añadió—: La dirección es rué des Pompiers, 66.

El pueblo era pequeño y pocos minutos después el «Porsche» se detenía ante una casa ruinosas.

Una mujer de unos cincuenta años salió a recibirles. Sus cabellos grises aparecían despeinados. Tanto el aspecto de aquella pobre mujer como el de la vivienda decían a las claras que allí no sobraba el dinero.

Seis chiquillos, entre los seis y los doce años, harapientos y enflaquecidos, les contemplaban curiosos desde el fondo de una estrechísima cocina.

—La señorita Mercier, supongo —dijo la señora Gamouse, dirigiendo al hombre una mirada recelosa.

—Así es. ¿Podemos pasar?

La mujer cerró la puerta y les guió hasta una pieza tan angosta como la cocina, apenas dotada de una mesa y dos sillas y con las

paredes llenas de manchas de humedad.

—Hablemos de su esposo, señora Gamouse —invitó Ángela.

Pero la mujer miró a Labande y preguntó:

—¿Es..., es policía? Si es así...

—No tema. Se trata de un amigo de toda confianza. Por otra parte... Bien, aquí tiene lo prometido. —Ángela dejó sobre la mesa diez billetes de cien francos—. Y ahora, por favor, hable.

La señora Gamouse tomó con devoción los billetes y los guardó en el bolsillo de su delantal.

—Usted tenía razón, señorita Mercier. La noche anterior a su muerte, Gilbert llegó a casa borracho, pero muy satisfecho. Cuando bebía se volvía muy parlanchín. Me lo contó todo. Me dijo que un policía pretendía acusar de adulterio a su esposa y le necesitaba a él como «gancho». Sí, Gilbert se prestaba a cosas así. No era mal hombre, pero sí demasiado atractivo y blando de carácter.

Bebía mucho y se inyectaba periódicamente. Cada vez necesitaba más dinero y de nosotros apenas se ocupaba. Sólo venía aquí cuando estaba borracho o había recibido una paliza...

Las manos de la mujer se agitaron, temblorosas.

—Me enseñó el dinero que le habían entregado. Declaró que una vez terminado su «rol» recibiría otra cantidad. A la madrugada siguiente me comunicaron que Gilbert había muerto. Leí los periódicos y... comprendí. Comprendí que el comisario Bricard era el tipo que había presionado a mi esposo para que realizase aquel sucio trabajo. No, no creí en ningún momento que usted lo hubiera asesinado, señorita Mercier.

—¿Por qué, entonces, no se presentó ante el juez? —exclamó Jean, muy excitado—. ¡Usted pudo evitar que condenaran a Ángela! ¡Su testimonio hubiera sido mil veces decisivo para probar su inocencia!

La señora Gamouse inclinó la cabeza.

—Tiene razón. Me sentía muy inquieta y estuve a punto de presentarme ante el juez. Pero a la mañana siguiente vino a verme el comisario Bricard. Me interrogó, quería saber si Gilbert había hablado conmigo. Me amenazó solapadamente y... dejó dos mil francos sobre esta misma mesa. ¡Dios mío, yo acababa de quedarme viuda con seis niños pequeños! No hubiera callado por el dinero, se lo juro, pero cerré la boca por mi seguridad y la de mis hijos —

gimió.

Ángela dejó escapar un suspiro.

—No le guardo rencor, señora Gamouse. Comprendo su situación de entonces. Y no tema. Haré algo para ayudarle —dijo, compasiva.

—¿Va a recurrir a... los tribunales? —preguntó la mujer, aterrada.

Ángela reflexionó unos instantes.

—No. Lo pasado, pasado está. Buenos días, señora Gamouse.

La mujer tomó impulsivamente sus manos y las besó. Finalmente, Ángela logró retirarlas, dominada por una viva emoción.

Volvían hacia el coche, cuando Jean la detuvo por un brazo y la miró fijamente a los ojos.

—¿Sabes una cosa, Ángela? —susurró—. Hasta ahora había creído en ti ciegamente, sin que la razón tuviera nada que ver en mis sentimientos. Ahora me alegró de haber confiado en tu inocencia.

Ella le miró con los ojos brillantes de lágrimas. Luego, impulsivamente, se aproximó al hombre y le besó suavemente en los labios.

—Gracias —murmuró.

Entraron en el coche y volvieron a la autopista. A las dos de la tarde se detenían en un restaurante de carretera para almorzar.

Comían en silencio, cuando Jean alzó los ojos del plato y miró a la mujer.

—Ángela, anoche...

—¿Sí? —murmuró ella, sin alzar la mirada.

—Fue maravilloso —pronunció él, con voz ronca—. Pero nunca hubiera imaginado que...

Ella no dijo nada. Jean carraspeó para aclararse la garganta. Y finalmente se decidió a hablar con claridad:

—Ángela, jamás hubiera imaginado que fueras virgen.

Ella sonrió tímidamente y le acarició la mano que Labande apoyaba sobre el mantel.

—Te dije que ignorabas aún muchas cosas, querido. Pero poco a poco irás conociendo toda la verdad —susurró.

—¡Háblame! No sé cómo te las arreglas para tenerme siempre

como sobre ascuas —exclamó él, fogosamente.

—Ten paciencia, Jean. Cada cosa a su tiempo. Al atardecer iremos a hacer una visita a cierto local de Montparnasse —respondió ella, enigmática.

CAPÍTULO IX

En lo más recóndito de una de las rojas cabinas tapizadas en terciopelo, dos jovencitos afeminados estaban haciéndose carantoñas.

El resto de la clientela era de una catadura semejante, aunque también podían verse algunas bellas mujeres que tenían como pareja a otra mujer.

Jean arrugó el ceño, disgustado.

Miró a Ángela y dijo:

—Debí haberlo imaginado cuando mencionaste el nombre de este local... ¡Pidgeon Gay Club! ¿Por qué me has traído aquí, Ángela? ¿Es que te agradan los sitios como éste?

Apenas podía disimular su irritación, pero la mujer sonrió, comprensiva.

—Te juro que sólo he estado dos veces aquí. Mi primera visita tuvo lugar hace más de seis años. Ésta es la segunda —confesó.

—Me gustaría saber qué es lo que buscas aquí, exactamente —indagó Jean.

Pero ella eludió la respuesta y le arrastró hasta una de las cabinas de terciopelo rojo.

Tomaron asiento sobre los mullidos divanes. Poco después vino hasta ellos un joven camarero de rubios cabellos ensortijados y tan maquillado como los «gays» que se arrullaban en el fondo de las cabinas.

Pidieron dos combinados y encendieron cigarrillos. Hasta el olfato de Jean llegó el inconfundible aroma acre de la marihuana.

El camarero trajo las consumiciones y ambos bebieron sin prisas.

—André solía frecuentar este local —dijo Ángela, de repente.

Jean la miró con sumo interés.

—¡Ahora lo comprendo todo! —exclamó, dominado por la sorpresa—. André era...

—... homosexual —confesó ella con franqueza.

Jean no dijo nada. ¡Se sentía tan transtornado!

—Ahora entiendo por qué me has traído aquí —dijo luego en voz baja—. Abrigabas la esperanza de encontrarle. ¿Cómo dicen los españoles? «La cabra tira al monte», ¿no es así?

Ángela asintió con ademán cansado.

—Tardé algo más de un mes en descubrirlo —expresó—. Nuestro viaje de bodas fue muy breve. Fuimos a Montecarlo... La primera noche, André se emborrachó. Yo le disculpé: a veces bebía con exceso y...

—¿Y la segunda noche?

—Se empeñó en llevarme de *cabaret* en *cabaret*, hasta el amanecer. Y nos emborrachamos ambos. Me esforcé en encontrar una solución: imaginé que tal vez André se sentiría más relajado y tranquilo si regresábamos a París y él volvía a la rutina diaria de su trabajo en la policía. Pero no dio resultado: me llamaba por teléfono a altas horas de la noche y alegaba que le era imposible pasar la noche conmigo porque estaba de servicio. Así transcurrió una semana. Yo pasaba las veladas en solitario, esperándole, y me consolaba tomando una copa tras otra. Me aficioné a la bebida.

—¿Cómo fuiste capaz de soportarlo? —preguntó Jean, irritado.

—Unas dos semanas después, decidí terminar con la situación. Yo había dejado de amarle, me sentía humillada y desengañada. Sólo me impulsaba ya una idea fija: averiguar la verdad. André me había informado que aquella noche estaría de servicio en comisaría. Salí de casa a medianoche y telefoneé a su despacho desde una cabina. Puse un pañuelo ante el micro para deformar la voz y pregunté por el comisario Bricard. Un oficial me dijo que André había abandonado la comisaría a las diez y que no volvería hasta el día siguiente...

—Te engañaba, está claro. ¿Cuál fue tu reacción?

—Volví a casa, pero a la noche siguiente le seguí cuando abandonó su despacho... Yo imaginaba que él me estaba siendo infiel con otra mujer y ello me hacía sufrir horribilmente, a pesar de que ya no le amaba. Pero lo que descubrí fue mil veces peor.

Hizo una pausa y continuó:

—Aparcó su coche delante de este club. Yo penetré tras él unos minutos después, cuando logré serenarme un tanto. Vi el panorama

y temblé, adivinando lo que iba a descubrir. En efecto, André estaba en una de estas cabinas, abrazado a un jovencito de apenas dieciocho años. Di un grito. Y él me vio. Yo eché a correr y él intentó detenerme, pero me metí en mi coche y escapé.

Jean encendió dos cigarrillos, muy nervioso, y entregó uno a la mujer.

—Cuando al día siguiente nos encontramos —siguió Ángela—, no hubo ninguna explicación. Le recriminé que me hubiera engañado de forma tan rastrera y le pedí el divorcio. André me golpeó a puñetazos hasta que perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, estaba sola.

Labande rechinó los dientes, furioso.

—¡Cerdo...! —murmuró con voz contenida.

—André siguió viviendo en mi casa, como si tal cosa. Entraba y salía cuando le venía en gana y permitía que yo pagase todos los gastos domésticos. En cuanto a su sueldo..., se lo gastaba alegremente con los jovencitos del Pidgeon Gay Club. Yo le suplicaba constantemente que accediese al divorcio, pero él se negaba sistemáticamente. Hasta que por fin, un día, habló claro.

—¿Qué te propuso?

—Me desengañó cruelmente. Dijo que se había casado conmigo por mi dinero. Y se avino al divorcio. Con una condición: que le cediese la mitad de mi fortuna...

—¿Y accediste a ello?

—Estuve a punto de hacerlo, con tal de librarme de él. Pero finalmente me rebelé a dejarme despojar de lo mío de forma tan inicua. Me negué y él volvió a golpear me salvajemente. A partir de allí, sólo tuve una idea fija: obtener pruebas contra él para conseguir el divorcio.

Ángela había visitado una agencia de investigadores privados y allí expuso sus deseos.

—Pero André estaba prevenido y supo escurrir el bulto. Durante más de un año estuve pagando a la agencia, que jamás consiguió las pruebas que yo necesitaba. Ignoro por qué conducto Bricard consiguió averiguar mis planes. Creo que fue entonces cuando decidió deshacerse de mí. El resto ya lo conoces, Jean. Fui detenida, procesada y condenada. He pasado cinco años terribles, entre prostitutas, ladronas, asesinas... Miles de días de encierro, me

llevaron a sentir un odio intenso hacia todos los hombres...

Ahora comprendía Labande la rigidez y dureza con que ella le había tratado tras su primer contacto en el gimnasio: Ángela había llegado a detestar a cualquier persona del género masculino.

—Sólo tenía un consuelo: tía Florence, aunque enferma y medio tullida, venía a verme con frecuencia y se ocupaba de mí cariñosamente. Cuando ella murió, me sentí absolutamente desamparada e indefensa. Pero mi carácter se endureció: tenía que ser así si no quería volverme loca.

Jean oprimió con fuerza sus manos y ella sonrió, animosa.

—Ahora... Ahora es otra cosa. De alguna forma, tú me has reconciliado con los hombres, Jean —dijo.

—Lo celebro —sólo supo decir Labande.

Pidieron nuevos combinados y fumaron dos o tres cigarrillos.

Ambos escrutaban ansiosamente los rostros de las personas que accedían al local a través de las cortinas, pero las facciones de aquellos individuos les resultaban por completo desconocidas.

Eran altas horas de la madrugada cuando Ángela se incorporó impulsivamente.

—Algo me dice en mi interior que Bricard no vendrá —dijo.

—En ese caso, ¿qué aguardamos?

—Tienes razón, ven.

El camarero se aproximó a ellos y Jean puso en sus manos un billete.

Ángela hablaba en la barra con un viejo camarero de rostro afilado y ademanes afectados.

—Oui, oui, recuerdo a *monsieur* Bricard: era un buen cliente y repartía generosas propinas —dijo el hombre, con intención.

Ángela dejó unos billetes sobre la barra, que el camarero recogió rápidamente y ocultó en su bolsillo.

—No, no, *mademoiselle*, no he vuelto a ver a *monsieur* Bricard. Hace varios años que dejó de venir por aquí.

—¿No tiene idea de dónde podría encontrarle? —insistió Ángela—. Le recomendaría generosamente, en caso de hallarle.

—Lo siento, *mademoiselle*. *Monsieur* Bricard no volvió por aquí. Ya se lo he dicho —repitió el camarero.

Abandonaron el club y se acomodaron dentro del «Porsche».

—Pasaremos la noche en el caserón de Longchamps. Creo que es

lo más seguro —decidió Ángela.

Jean asintió.

—¿En cuanto a Bricard? —insinuó.

Los carnosos labios femeninos se distendieron en una línea dura.

—No pararé hasta encontrarle —murmuró entre dientes.

—Pero, querida, eso puede llevarte toda una vida. Lo más probable es que ese canalla haya abandonado Francia. Como medida de seguridad, se habrá hecho la cirugía estética para disimular sus facciones. Y si es así, podría pasar junto a ti sin que tú lo reconocieras —protestó Labande.

Ángela se volvió hacia él, furiosa.

—¡Eso es imposible! —afirmó—. Para mí, no podría pasar desapercibido aunque sus facciones se hubieran trocado por completo. ¡Reconocería el brillo cruel de sus ojos grises o el fruncimiento cínico de sus labios! Pero además, había algo característico en André: no era verdaderamente una cojera, pero tenía una forma de andar muy peculiar. Parecía que posara con precaución su pie derecho sobre el suelo, probablemente como reflejo de la fractura de sus huesos.

Mientras conducía a velocidad moderada por las desiertas calles, Jean reflexionó.

—En fin —dijo luego—. Si quieres encontrar a Bricard, sólo veo un medio de conseguirlo.

—¿Cuál? —inquirió ella, sumamente interesada.

—Si damos por cierto que Bricard ha pagado a unos cuantos pistoleros con la consigna de eliminarte, es seguro que continuarán buscándote por todo París. Sólo tienes que hacer una cosa: en lugar de huir, de ocultarte, deberás hacerte ver de todos. Asistir al teatro, dejarte ver en los lugares de moda... Sólo que ello entraña un riesgo mortal para ti.

Ángela se irguió sobre el asiento.

—¿Quieres decir que deberé actuar como cebo? —exclamó.

—Algo parecido.

—Si tú estás cerca de mí, estoy dispuesta a arriesgarme —declaró con entereza.

Puso una mano sobre el hombro derecho de Labande y añadió:

—Jean, no tengo derecho a pedirte que arriesgues tu vida por mí, pero te ruego que me ayudes —suplicó.

El acarició sus mejillas levemente.

—No tienes que rogármelo —respondió—. Tengo tus cien mil francos en el bolsillo y ese dinero me obliga a protegerte.

Pero a Ángela no le dejó satisfecha aquella respuesta.

Quizá por eso permaneció encerrada en un riguroso mutismo hasta que el «Porsche» que conducía Jean Labande alcanzó el distrito de Longchamps.

CAPÍTULO X

Jean dejó la copa de coñac sobre la mesa y apartó los visillos unos centímetros.

Desde la cuarta planta del edificio en que se encontraba se divisaba perfectamente el chalet que Ángela Mercier había alquilado una semana antes.

Aunque estaba oscureciendo y la niebla comenzaba a elevarse a ras del suelo, el hombre podía ver sin esfuerzo el contorno del hotelito.

Un pequeño jardín sin valla rodeaba la sencilla edificación. En la planta baja había un garaje, pero Ángela había dejado el porche aparcado en la calle, junto a la acera.

La casa era exactamente igual a otras diez que se alineaban a lo largo de la rué Montblanc, en su margen izquierda.

Al otro lado de la calle, justamente enfrente, se alzaba un edificio de diez plantas, en el que Jean había alquilado un apartamento. Más allá se extendía un campo de deportes.

Se trataba de un barrio residencial, burgués, muy tranquilo y con escaso tránsito de vehículos.

Jean volvió a atisbar a través de los visillos: podía ver a Ángela, sentada en un diván tras un amplio ventanal que daba a la fachada paralela a la calle, en la planta alta del chalet.

Ella simulaba estar abstraída en la contemplación de la pantalla del televisor, pero Labande sabía muy bien que Ángela se sentía como sobre ascuas.

Llevaban ocho días en la misma situación. Ella habitaba el chalet y Jean vigilaba constantemente desde la planta cuarta del edificio frontero.

El cebo estaba lanzado: durante aquella semana, Ángela Mercier había concurrido a los espectáculos, a las exposiciones, a los parques... Siempre vigilada a cierta distancia por Labande.

El premeditado plan no había obtenido el menor éxito hasta la fecha. En alguna ocasión, Jean había advertido la presencia próxima de un automóvil sospechoso o de algún individuo que miraba insistentemente a Ángela. Pero todas aquellas incidencias se demostraron como puramente casuales.

Aparte de las salidas nocturnas, Ángela no se movía del chalet. Sólo hacia las diez de la noche, ella abandonaba la casa, subía a su coche y se marchaba.

Naturalmente, Jean la seguía en un coche alquilado, que procuraba cambiar cada dos días.

Ángela hacía traer el almuerzo de un restaurante próximo. Hasta la fecha, nadie se había aproximado al chalet. O, mejor dicho, sí: aquel mismo día, jueves, un tozudo agente de seguros la había estado importunando durante algo más de media hora.

El insistente «buscavidas» era un hombre joven, de unos veintiocho años, moreno, ataviado con un traje convencional y una gabardina clara.

Jean, que había vigilado con sumo interés a aquel hombre, le vio salir al fin del chalet y penetrar en la vivienda próxima. Y así, el tenaz individuo fue visitando todos los chalets de la calle, uno por uno, hasta perderse de vista.

El plan estaba estudiado hasta en sus más ínfimos detalles. Si alguien atentaba contra la vida de Ángela Mercier, debería ser durante las horas del día.

Para forzar aquella exigencia, Ángela salía todas las noches a las diez, seguida de Labande, y no solía volver hasta las cuatro de la madrugada, aunque su ausencia podía alargarse hasta el amanecer.

De esta forma, procuraban evitar que los pistoleros de Bricard intentasen un asalto en las sombras de la noche, pues en tales circunstancias Jean tendría menos probabilidades de controlar la situación.

Pero lo cierto era que Ángela comenzaba a cansarse ya y a Labande le ocurría otro tanto.

—Te echo de menos, Jean —solía decirle ella por teléfono—. ¿Hasta cuándo va a durar esto?

—Calma, querida. Tenemos que dominar nuestros nervios y esperar. Estoy seguro de que pronto ocurrirá algo —trataba de animarla él.

Sin embargo, sufría por ella. ¿Y si todo fallaba, y si alguien conseguía penetrar en el chalet, matar a Ángela...?

Lean retrocedió hasta la mesa y se sirvió dos dedos de coñac.

Acarició el magnífico fusil que descansaba sobre un sillón. Un arma de precisión, una joya para matar, infalible, dotada de un ajustado visor telescópico, un juguete que valía tres mil francos.

Encendió un cigarrillo, dio un sorbo de coñac y volvió a su puesto de vigilancia.

Arrugó el entrecejo.

—¡Diablos! —rezongó—. ¡Otra vez ese tozudo jovencito de los seguros!

Elevó los prismáticos que colgaban de su cuello por una correa y miró a través de las lentes.

En efecto: el hombre de los seguros acababa de salir de un desvencijado «Volkswagen» y se dirigía, decidido, hacia el porche del chalet habitado por Ángela Mercier.

Inmediatamente, Labande entreabrió la ventana y tomó el fusil.

A través del visor, contempló como el hombre ascendía los tres peldaños que llevaban al porche. Por desgracia, la dirección oblicua de su punto de mira apenas le permitía ver las piernas del visitante hasta la rodilla.

Unos segundos después, el hombre desaparecía en el interior de la casa. Vio cruzar una sombra clara por detrás de la ventana del vestíbulo y atisbo, impaciente, esperando que el hombre llegase hasta el salón donde Ángela le había recibido aquella misma mañana.

Una potente lámpara iluminaba suficientemente la estancia y la visión era clara a través del largo ventanal, aunque la niebla comenzaba a elevarse ya.

Jean aguardaba, expectante.

Luego de pronto, vio al hombre al otro lado de los cristales. ¡Y el tipo se aproximó a la ventana y corrió de sendos tirones la cortina hasta tapar por completo la visión!

Jean descolgó de un manotazo el teléfono que tenía a su alcance y marcó rápidamente el número de Ángela.

Apenas tardó tres segundos en comprender que alguien había cortado el cable del teléfono del chalet.

Sumamente preocupado, abrió de par en par la ventana, encaró

el rifle y miró a través del visor.

Vio pasar a Ángela, que corría desesperadamente, a través de la ventana del vestíbulo.

Unos brazos masculinos la sujetaron violentamente y la zarandearon sin piedad.

Jean se mordió los labios.

¡Qué estúpido había sido! ¡Los manejos de aquel individuo que se hacía pasar por agente de seguros le habían engañado como a un pobre idiota!

Su dedo índice estaba apoyado sobre el gatillo y el alza del visor se desplazaba a un lado siguiendo los movimientos del intruso.

Pero ¿cómo disparar sin riesgo de herir mortalmente a Ángela?

Ella, drásticamente, resolvió la situación en aquel mismo instante: debatiéndose entre los brazos del agresor, alcanzó su oreja izquierda con los dientes y mordió con fuerza.

El hombre la soltó entonces y retrocedió, saliendo fuera del área de visión de Labande.

Un momento después aparecía de nuevo en la ventana. Apenas fue un segundo, pues el hombre corría en pos de Ángela, pero Jean apuntó y disparó.

El silenciador atenuó la detonación discretamente al tiempo que el intruso era despedido lateralmente por la potencia del impacto.

Sin perder un segundo, Jean dejó el fusil sobre el sillón y corrió hacia la escalera. En el vestíbulo tropezó con un caballero de unos sesenta años al que arrojó al suelo de un brusco encontronazo. Pero Jean ganó la calle sin detenerse a dar explicaciones.

Cruzó la calle, atravesó el jardín y ascendió al porche.

—¡Abre, Ángela! ¡Soy yo, Jean! —gritó, aporreando la puerta.

Ángela le franqueó la entrada.

Sus facciones estaban descoloridas y tenía unas señales violáceas en el cuello.

—¡Trató... trató de estrangularme! —murmuró ella, aterrada, señalando al hombre caído sobre el *parquet* del vestíbulo.

Jean se aproximó al individuo, empuñada la «Walker» en la mano izquierda. Una espuma sanguinolenta brotaba de entre los labios de aquel hombre, que, con los ojos cerrados, respiraba estertorosamente.

—Aún vive, pero está muy grave. Probablemente, mi balazo le

ha atravesado un pulmón —observó Labande, preocupado.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ángela, todavía descolorida.

Jean acababa de registrar rápidamente los bolsillos de las prendas que vestía el intruso.

—¡Nada! No he encontrado nada interesante en sus bolsillos. Y este hombre morirá antes de media hora si no recibe ayuda pronto...

—¿Entonces...?

—Recoge todas tus cosas en seguida y llévalas hasta el coche. Márchate cuanto antes, Ángela. Nos encontraremos esta noche en el caserón —decidió él.

—Pero, tú...

—Tengo que avisar por teléfono para que vengan a recoger a este sujeto. Y además tengo que recoger el fusil. Todo eso me llevará tiempo. ¡Vete! No quiero que la policía te encuentre aquí.

Acuciada por el tono imperioso de Labande, ella penetró en su alcoba y volvió poco después llevando su bolso de viaje en la mano.

—¿Estás segura de que no has olvidado nada que pudiera servir para identificarte? —quiso asegurarse él.

—Sí. Por fortuna, tuve la buena idea de dar un nombre falso a la hora de alquilar el chalet —respondió Ángela.

—Hiciste bien, pero ahora tienes que marcharte sin perder tiempo. ¿Te sientes bien?

Ella sonrió animosamente.

—Sólo un poco asustada. Pero en cuanto salga de aquí me sentiré mejor —respondió. Y le besó fugazmente en los labios.

Jean la vio ir y esperó hasta que el petardeo de un escape le anunció que Ángela acababa de alejarse.

Salió a la calle y la cruzó.

Sin embargo, un momento después volvía sobre sus pasos.

Se acercó al «Volkswagen». La portezuela izquierda estaba abierta y se metió dentro. Registró apresuradamente los bolsillos interiores, la bandeja, miró debajo de los asientos y no encontró nada interesante.

Ya se disponía a salir cuando metió la mano bajo el panel de instrumentos y tiró de la palanca que abría el capot.

Se echó fuera y miró el portaequipajes. Allí, entre grasientos pedazos de algodón, encontró un maletín flamante. Lo cogió y se

dirigió al edificio de apartamentos.

En cuanto entró en el suyo, descolgó el teléfono y marcó el número de la policía.

—Dense prisa, por favor. Es un caso urgente: en el 66 de la rue Des Pompieris encontrarán a un hombre herido de bala. Su estado es grave. Si no envían rápidamente una ambulancia, morirá.

—¡Un momento, no se retire! Debe darme su nombre... —le respondieron. Pero Jean colgó sin esperar a oír más.

Desmontó sin prisas el fusil, lo guardó en el fondo de una maleta y recogió sus escasas pertenencias.

Bajó en seguida, cargado con la maleta y el maletín hallado en el «Volkswagen». Lo puso todo sobre el asiento posterior de su «Renault» alquilado el día anterior y dio al contacto.

Apenas había recorrido doscientos metros cuando se cruzó con una ambulancia y un coche-patrulla de la policía.

Media hora después se detenía en una solitaria avenida de un polígono industrial del distrito Norte.

Al resplandor de un poste de alumbrado próximo, abrió el maletín y quedó mudo de asombro al comprobar su contenido: apretados fajos de billetes de diez mil liras.

Calculó someramente contando los fajos y descubrió que el maletín contenía diez millones de liras[1].

Con todo cuidado, cerró el maletín, lo colocó bajo el asiento de la derecha y se alejó de aquel lugar.

Hacia las diez de la noche llegaba a Longchamps, después de conducir durante una hora a través de los vericuetos del centro de la ciudad hasta asegurarse de que nadie le seguía.

Llevó el coche hasta la parte posterior del caserón, donde se encontraba ya el «Porsche» de Ángela, bien oculto entre los setos que limitaban la propiedad, y estacionó el «Renault» muy cerca.

Tomando la maleta y el maletín, se aproximó a la casa. Golpeó quedadamente sobre el portalón trasero y esperó.

Un momento después, Ángela le franqueaba la entrada.

—Ven. Yo te guiaré —susurró.

Y le llevó a través de los oscuros pasillos hasta su propio dormitorio.

CAPÍTULO XI

Habían devorado unos bocadillos sentados sobre la cama y Ángela estaba desnudándose.

—No lo comprendo —susurró ella—. ¿Qué puede significar ese dinero?

Jean rió en la oscuridad.

—Me parece que era el precio de tu vida, Ángela. Ese tipo cobró diez millones de liras por quitarte de este mundo —dijo.

—No bromees, por favor. ¡Por un momento temí que aquel tipo fuera a conseguir su propósito! ¡Y pensar que estuvo a punto de convencerme para venderme un seguro de vida!

—Olvídate de ello. A mí también me pilló desprevenido. El tipo sabía representar muy bien su papel de agente de seguros. Pero lo que importa son esas liras...

—¿Por qué?

—¿No lo comprendes? No le pagaron en francos, sino en liras. Eso puede servirnos como pista. Es posible que André Bricard se encuentre en Italia —razonó él, mientras se desprendía sin prisas de los zapatos.

Ángela suspiró tenuemente.

—Y en el caso de que estuvieras en lo cierto, ¿en qué lugar de Italia? —preguntó.

—No soy un vidente, querida. Pero ahora que lo dices...

—¿Qué...?

—Enciende la linterna, quiero ver algo. Despojé a tu agresor de todo lo que llevaba en los bolsillos. Vamos a echarle una ojeada a esos objetos.

Jean vació el bolsillo de su chaquetón sobre las ropas de la cama. A la luz de la linterna que sostenía Ángela, ambos examinaron aquellos objetos con gran interés.

Había un pasaporte a nombre de Claude Cecilians, súbdito

francés, 29 años, residente en París. También un llavero con tres llaves que debían corresponder al viejo «Volkswagen», doscientos cuarenta francos, algunas monedas, un paquete de «Gauloises», una carterita de cerillas, un pañuelo...

—Mira esto —observó Labande, deteniéndose en las últimas páginas selladas del pasaporte—. Claude Cecilians cruzó la frontera italiana hace quince días y regresó dos fechas después a Francia. Podía interpretarse cómo que Cecilians fue a Italia para recibir un encargo y retornó en seguida a nuestro país para cumplir las órdenes recibidas: eliminarte.

—Es posible. Pero ¿esas cerillas?

Jean tomó la carterita en sus manos. Era un reclamo publicitario corriente. Al dorso podía leerse:

«Obsequio de Costruzioni Generali Torinensi. Vía dell Óro, 214. Torino (Italia)»

Labande contempló la carterita de cerillas reflexivamente.

—Cecilians estuvo en Turín, según parece —murmuró con lentitud—. ¿Y si Bricard viviese allí?

Ángela se incorporó, muy agitada.

—¿Y por qué no? Tú mismo dijiste que lo más lógico era que Bricard huyera al extranjero, ¿no? En cualquier caso, ¿qué podemos perder haciendo un viaje a Italia? —exclamó, anhelante.

Jean sonrió ante la ferviente proposición.

—Apaga la luz —rogó—. Iremos a Turín, si así lo quieres.

—Hay una pega de la que aún no te he hablado —dijo ella, introduciéndose en el lecho.

Labande se desnudó, vistió aprisa su pijama y se unió a ella.

—¿De qué se trata? —preguntó, buscando su cuerpo.

—No puedo abandonar este país... legalmente. No me concedieron libertad definitiva, sino condicional —confesó ella—. Así que no podré obtener mi pasaporte, por ahora.

Jean suspiró bajo las sábanas.

—En ese caso, no queda más remedio que hacer una visita a las oficinas del sindicato.

—¿Para qué? —preguntó Ángela.

—Puedo conducir un camión de gran tonelaje a Italia. Y no será difícil ocultarte a ti en la litera. Conozco bien a los vigilantes

aduaneros y sé cómo conseguir que se muestren poco curiosos a la hora de cruzar la frontera. Y una vez en Italia... —explicó él.

—Muy bien, capitán. Ahora mandas tú —respondió ella, y se cobijó entre los brazos del hombre.

Bajo el delgado colchón de la litera, Ángela contuvo la respiración al escuchar el escape de los frenos de aire comprimido.

Labande la había prevenido antes de alcanzar la frontera:

—Si paro el camión y me oyes silbar, es que estamos en la frontera. Ocúltate bajo la colchoneta y procura no moverte ni hacer ruidos.

En aquel momento sonó el silbido de Jean. Chirrió una portezuela y el rumor de las botas del conductor al dejarse caer al suelo desde el pescante.

Alguien se aproximó a paso vivo.

—*Documenti, per favore. Che cosa porta?* —preguntó alguien en el exterior.

—*Ah, buon giorno, amico mio. Porto venti mille pollastri, destino Roma* —respondió en fluido italiano Jean Labande.

El aduanero debió echarse a reír en aquel momento y comentó:

—*Veinti mille pollastri...! Molto bene, vuole aprire il por tone?*

—Va súbito —respondió Jean. Y se oyeron los pasos de varias personas que contorneaban el camión frigorífico.

Tras inspeccionar la carga, el vigilante de aduanas decidió echar una ojeada a la cabina.

Previsoriamente, Jean había dejado a la vista dos botellas de coñac y un cartón de cigarrillos americanos.

—Ah, liquori, sigarette americane! —exclamó el vigilante, codicioso.

—Un pequeño regalo para usted. Cójalo todo —invitó Labande.

—Tante grazie, molto amabile. Avanti e buon viaggio —autorizó el italiano tras recoger las dos botellas de coñac y el tabaco.

Jean alzó la mano en señal de saludo y subió de un salto a la cabina. La barrera se alzó y el camión cruzó la frontera.

La cabeza de Ángela asomó bajo la colchoneta. Estaba despeinada y tenía la nariz manchada de negro, por lo que el hombre estalló en una carcajada.

—Bien, ya estamos en Italia —anunció Jean, alegremente.

Ángela apartó la colchoneta y rezongó:

—¡Puff! ¡Qué mal huele aquí dentro! El tipo que utilizaba esta litera debía ser muy poco cuidadoso. ¡Huele a sudor agrio...!

—Los camioneros trabajan duro, querida. Siempre van apretados de tiempo y no pueden dedicar las pocas horas de su descanso al arreglo de una litera. Pero, vamos, sal de ahí. Ya pasó el peligro —invitó Jean.

Ángela abandonó la litera y ocupó su asiento.

El tiempo había mejorado mucho a medida que avanzaban hacia el sur. Excepto en los picos de las montañas no se veía nieve. Por el contrario, el paisaje era verde y hermoso a la luz del sol de la mañana y la temperatura muy agradable.

—En las largas noches de la prisión, siempre soñaba con huir a un país como éste, un lugar alegre y soleado, sin frío ni sombras —murmuró ella, pensativa.

Jean la miró con ternura.

—Has debido sufrir mucho allí, ¿verdad? —comentó.

—Nadie puede imaginarse lo que es la cárcel hasta que tiene la desgracia de ir a dar con sus huesos en ella. El tiempo parece detenerse allí, los minutos van transcurriendo con una lentitud exasperante, en medio de un ambiente sórdido y hostil. Los primeros meses son terribles. Yo me pasaba las noches enteras llorando...

Jean le acarició una mejilla, emocionado.

—Luego... te vas cubriendo de una coraza de desesperanza, de indiferencia y de dureza. Es el único modo de protegerse contra el morboso ambiente...

—Olvídalo, todo eso pasó ya. Ahora estás libre, eres tú misma y puedes vivir feliz durante muchos años.

—No podré sentirme tranquila hasta librarme de la amenaza que supone André Bricard. ¿No lo comprendes, Jean? ¡Bricard es un sádico, un criminal peligroso, un asesino nato! —exclamó Ángela.

Buscó inquieta, un cigarrillo.

Pero no encontró su bolso. Y se volvió, aterrada, hacia Labande.

—¡Jean, mi bolso...! ¿Lo escondiste tú? —exclamó.

El hombre la contempló, lleno de estupor.

—¡No, no! Imaginé que lo habrías escondido bajo la colchoneta —respondió.

Cada vez más nerviosa, Ángela se irguió sobre su asiento y registró la litera.

Un momento después se volvía hacia Labande, muy pálida.

—No está, Jean —susurró.

Labande redujo la velocidad y el gran camión articulado se desvió fuera del asfalto.

Detenido el vehículo, hombre y mujer registraron la cabina hasta el último rincón.

Al cabo, se miraron entre sí, decepcionados.

—¿Cómo pudo ocurrir? —exclamó él, un tanto irritado—. ¿Estás segura de que no te lo olvidaste en el restaurante donde desayunamos esta mañana?

—¡No, tío! —protestó ella, con vehemencia—. Dejé el bolso aquí, bajo mi asiento. Fuiste tú quien pagó la factura, ¿no recuerdas?

—En tal caso...

—¡El vigilante de la frontera! —chilló ella, de improviso—. ¡Fue él, ahora estoy segura! Abrió la puerta para inspeccionar la cabina y debió ver el bolso bajo el asiento.

Jean se echó a reír sin ganas.

—Pero, querida, ¿para qué iba a necesitar ese hombre tu bolso? —refutó, escéptico.

Ángela se agitó sobre su asiento, cada vez más inquieta.

—No me lo explico, Jean. Ese hombre debió ver el bolso... Tal vez se sintió intrigado, puesto que, aparentemente, sólo tú viajabas en el camión... Dime una cosa, Jean, ¿podrías jurar que aquel individuo no tomó mi bolso?

Labande reflexionó.

—No estuve vigilándole continuamente. Cuando él descubrió mi «regalo» sobre el piso de la cabina, dejé de mirarle y contorneé la parte delantera para ponerme al volante —explicó.

—¿Lo ves? La portezuela le tapaba. Pudo coger el bolso y taparlo todo con las botellas y el cartón de cigarrillos...

—¿Por qué te preocupas tanto? —la atajó Jean, un tanto impaciente—. Cuando volvamos, recuperaremos tu bolso...

Pero ella le tomó por los hombros y le miró fijamente a los ojos.

—Escúchame, Jean: el bolso no tiene importancia. Sólo contiene mi documento de identidad, las llaves de mi coche y de mi casa,

unas tarjetas de crédito y un millar de francos. Es otra cosa lo que me preocupa —dijo.

—¿Otra cosa?

—Imagínate que André Bricard haya sobornado a los vigilantes de fronteras.

—Pero... —murmuró Labande con los ojos muy abiertos.

—¿Te parece descabellado? ¡No conoces bien a Bricard! El jamás deja un solo detalle al azar. Es un policía, recuérdalo, y puede imaginarse e incluso anticiparse a mis pensamientos —exclamó ella. Tras lo cual, añadió—: Si crees que estoy loca, explícame entonces por qué un funcionario de fronteras robó mi bolso.

Pero Labande no supo qué responder.

CAPÍTULO XII

El camión rodaba cuesta abajo despacio. Al salir de una de las pronunciadas y peligrosas curvas, el hombre que conducía una potente «Honda» adelantó al camión temerariamente.

El de la moto giró la cabeza hacia atrás y les miró insistentemente.

—¡Agáchate, ocúltate! —gritó Jean.

Ángela obedeció prestamente y se escurrió hasta el piso de la cabina.

Sin embargo, tales precauciones estaban de más: el tipo de la moto había tenido tiempo suficiente de ver a la mujer que acompañaba a Labande, si era esto lo que le interesaba.

Por lo demás, el curioso motociclista aceleró a fondo y la moto se perdió espectacularmente en la siguiente curva, un kilómetro más allá.

—Jean... —murmuró Ángela desde su incómodo escondrijo.

—¿Qué...? —gruñó él, dominado por una rabia sorda.

—Tengo miedo —susurró ella.

—No hay para tanto. Vamos, sal de ahí. Creo que lo más prudente es que te ocultes en la litera —indicó.

Ángela obedeció sin pronunciar una palabra, porque sabía que Labande necesitaba poner toda su atención en el descenso del puerto de montaña que acababa de superar minutos antes.

El camión rodaba a cuarenta kilómetros por hora descendiendo una pendiente con el nueve por ciento de inclinación.

Chirriaban los frenos quejumbrosamente y los neumáticos producían un fuerte y ominoso siseo al rozar contra el asfalto.

A su izquierda se elevaban las imponentes cumbres pobladas de coníferas y sus cimas cubiertas de nieve.

A la derecha, descendía bruscamente la ladera hasta el fondo de un umbrío valle verdoso.

Con toda precaución, tomó la próxima curva a la derecha y el camión se embaló un tanto al soltar el freno.

Jean se sentía extrañamente nervioso e irritado. La desaparición del bolso de Ángela, en primer lugar, y luego la insistente curiosidad del hombre de la «Honda», habían desatado sus nervios.

—Calma —se recomendó a sí mismo—. Calma o... terminaremos en el fondo de un barranco.

En aquel momento, surgió un gran fogonazo desde algún lugar situado entre las oscuras frondas del bosque.

Por encima del rumor del motor, Jean pudo oír un apagado silbido y súbitamente estalló la explosión.

El camión se agitó con salvaje violencia de zaga y por un momento Labande temió que el vehículo saliese despedido al abismo, descontrolado. Torció el volante con fuerza y al cabo el camión se estabilizó.

La cabeza de Ángela apareció entre las cortinas de la litera.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido, Jean? —chilló la mujer.

Pero él no respondió.

Miraba a través del retrovisor lateral y veía la parte trasera del camión frigorífico totalmente destrozada.

Las planchas de acero se habían desgajado como si de hojalata se tratase y abierto una gran brecha a través de la cual se iba perdiendo la mercancía.

Detrás del camión, el arcén iba quedando regado por centenares de pollos franceses congelados.

Una granada había estallado contra el camión. Y ello solo podía significar una cosa: estaban esperándole con un bazooka.

«El próximo disparo será más certero: volarán la cabina», pensó Labande, aterrado.

No se equivocaba. Apenas había avanzado el camión unos cien metros, dejando a la zaga la carretera regada de pollos congelados, cuando brotó un nuevo fogonazo en la floresta.

La granada no estalló en la cabina, sino contra la rueda derecha.

El camión se encabritó como un potro salvaje y su eje delantero, destrozada y libre la rueda, dejó un profundo surco sobre el asfalto.

Jean pisaba desesperadamente el pedal de freno, pero la segunda granada debía haber destrozado los circuitos de aire comprimido, porque el vehículo se arrastraba brutalmente sobre la

cuneta, sin control.

«¡Dios mío! —pensó Labande, sin esperanzas—. ¡Vamos a morir!».

Bruscamente, el camión perdió la estabilidad y volcó de costado. Las ruedas de sus tres ejes giraron al aire durante un segundo y luego el pesado vehículo rodó cuesta abajo.

Su mole desgajó los pinos y tronchó espectacularmente sus troncos, dejando tras sí una estela de bosque destrozado.

Unos cien metros más abajo, el camión se detuvo, parcialmente oculto por la espesa floresta.

Un furgón y varios automóviles se detuvieron en el arcén y sus ocupantes corrieron hacia el precipicio, entre alarmados y curiosos.

—Es la vida de los camioneros —comentó un tipo calvo y miope—. Trabajan duro, ganan algún dinero, se llenan el estómago de «Pernod» y... ¡Piaff!

Coincidiendo con sus últimas palabras, una gran llamarada surgió en las verdes profundidades.

—¡El camión! —gimió una mujer gordita, de cabellos oxigenados—. ¡Está ardiendo! Pero... ¿es que nadie va a hacer nada?

Las nueve personas que contemplaban las llamas desde la segura cuneta se miraron entre sí y finalmente se encogieron de hombros.

—No creo que nadie pueda hacer nada —comentó el conductor de la furgoneta. Y estoicamente encendió un «Gitanes».

El joven que conducía la «Honda» se detuvo en Piarcano, un pueblecito de unos cinco mil habitantes.

Se quitó el casco y sus cabellos ondulados a lo «afro» se desparramaron libremente alrededor de su cráneo.

Rápidamente se sacó los guantes, que dejó sobre el depósito de gasolina de su máquina, encendió un cigarrillo y dirigió una mirada a su alrededor.

A veinte metros vio un hostel de carretera. Pensó que allí debía haber un teléfono y caminó sobre el barro a paso vivo hacia el albergue.

Una vaharada de calor húmedo con olor a moho le recibió. No fue en seguida al teléfono. Por el contrario, se aproximó a la barra y pidió un coñac, mientras dirigía una distraída mirada a las personas que consumían su almuerzo al otro lado de una cristalera próxima.

Bebió el coñac de un solo sorbo y pidió otro al camarero. Luego caminó con paso aplomado hacia la cabina telefónica situada al fondo del local.

El teléfono era interurbano y ello le permitía comunicarse con cualquier lugar del país.

Sin perder de vista la entrada del albergue, descolgó el auricular, comprobó que había línea y comenzó a introducir monedas a través de la ranura del aparato.

Marcó dos cifras, esperó tres segundos y movió el dial del teléfono hasta tres veces.

—Oiga —oyó el timbre de una voz femenina al otro lado.

—Fachetti —dijo únicamente.

Se oyó un ruido metálico y al cabo una voz bronca, nasal.

—¿Fachetti?

—Soy yo, señor —dijo el motorista—. Todo está bien.

—Puedes ser más explícito, Fachetti. ¿Qué ha ocurrido?

—Le disparé dos veces. La primera granada destrozó la caja del frigorífico. La segunda... rompió una rueda y echó al camión fuera de la carretera. Le vi rodar más de cien metros, cuesta abajo. Luego se incendió. Creo que el camión se ha consumido por completo. Los bomberos se descolgaron al fondo del valle dos horas después.

—¿Y...?

—La mujer viajaba a bordo del camión. Yo mismo pude comprobarlo, aunque se ocultó en seguida, cuando les adelanté y miré hacia atrás para comprobarlo. ¿Qué mejor prueba? Puede estar tranquilo, señor. Todo ha salido como usted mismo lo imaginó.

—Pero Labande, la mujer...

—No tuvieron tiempo de salvarse: el camión se incendió pocos segundos después de inmovilizarse en la ladera. Vamos, jefe: he visto arder muchas hectáreas de bosque. Pero...

—¿Sí?

—Ya sabe que soy un tipo desconfiado. He estado aguardando cuatro horas. Desde el bosque, vi cómo descendían los bomberos y los soldados... Después llamé al hospital de Monte II Grosso y me interesé por las víctimas. ¿Quiere saberlo? Sólo pudieron rescatar dos cadáveres carbonizados. Los médicos opinan que uno de ellos pertenece a una mujer. ¿Satisfecho?

Fachetti estuvo escuchando la respuesta durante unos segundos.

Al cabo, la voz ronca y nasal volvió a dejarse oír.

—Magnífico, Fachetti. Has cumplido perfectamente con tu trabajo. Puedes volver. Tu dinero está esperándote.

—Perfectamente, señor. Estaré en Turín esta misma noche —respondió Fachetti. Y volvió a la barra.

Pagó sus dos coñacs y se alejó, alegremente, silbando una cancioncilla.

Mario Fachetti se sentía íntimamente satisfecho. Había cumplido como un viejo veterano de una sección antitanques.

¿Qué más podía pedirle a la vida?

Apenas un par de horas de trabajo y en Turín le estaban esperando dos millones de liras.

Durante quince días aseguradas sus dosis de heroína y sus abundantes raciones de alcohol...

Lo demás... ¿a quién importaba?

CAPÍTULO XIII

Súbitamente, el hombre abofeteó a la jovencita brutalmente hasta que de los labios femeninos fluyó la sangre.

Ella gimió entre dientes y se separó del hombre, dolorida y asustada.

Con un pequeño pañuelo se restañó la sangre que fluía de su reventado labio inferior.

Miró al hombre, que la contemplaba sonriente.

—¿Por qué... por qué me golpea? —gimió Sandra.

Apenas tenía diecisiete años. Morena, cabellos oscuros como ala de cuervo, ojos grandes, rasgados, expresivos, facciones tersas como fruta madura y un cuerpo joven, bronceado y elástico. Desnudo.

El hombre rió a carcajadas.

—¿Por qué, preguntas? —se mofó—. Sencillamente, me gusta, Sandra. Me causa placer golpearte. Eres... como un animalillo indefenso. Ahora... Ahora mismo te sientes aterrada, ¿no es cierto?

La dura mano del hombre se alzó nuevamente, rígida, ávida, deseosa de golpear, de herir... Pero en el último momento se detuvo en lo alto, para bajar después despacio y acariciar suavemente el vientre de la muchacha.

—Señor, quiero... quiero marcharme —sollozó la mujer, apenas, una niña.

El hombre separó bruscamente su mano y sus ojos claros se empequeñecieron.

—No seas estúpida. ¿Y ese dinero que tienes sobre la mesilla de noche? ¡Pedazo de zorra...! ¿Es que no te pago diez veces más de lo que te mereces? —bramó, encolerizado.

Sandra se encogió sobre sí misma, dominada por el pánico.

—No... no me importa el dinero, señor. Quiero...irme —murmuró.

Pero el hombre, corpulento y pesado, apresó uno de sus brazos y

la atrajo brutalmente hacia sí.

Los gruesos dedos masculinos acariciaron el bello cuello de la muchacha. Durante un segundo, los fuertes pulgares oprimieron apenas la tráquea, pero inmediatamente el hombre hundió su rostro entre los prietos senos de la mujer y sus brazos se ciñeron a la esbelta cintura.

—Te irás, Sandra, te irás. Cuando ya no te necesite —murmuró roncamente.

La muchacha temblaba entre sus nervudos y vellosos brazos. Y sus ojos, desorbitados, contemplaban la puerta, ansiosa por escapar.

¿Qué podía esperar de aquel salvaje, de aquel sádico inestable? Tal vez, ahora, una caricia. Y más tarde...

El hombre la apretaba frenéticamente contra sí. Tan fuerte que Sandra casi se ahogaba.

En aquel momento sonaron unos quedos golpes sobre la puerta.

El hombre dejó libre a la jovencita y se volvió iracundo.

—¿Qué diablos ocurre ahora? —barbotó.

Sin prisas, tomó una toalla y se la anudó a la cintura descuidadamente.

En la puerta estaba José, su joven criado filipino.

—Señor, hay un hombre y una mujer en el porche. Creo que han sufrido un accidente. La señora está herida —anunció el criado.

—¿Y qué diablos me importa a mí todo eso? ¡Despáchalos, estoy ocupado! —gruñó su amo.

—Pero, señor, la mujer no puede andar. Su pierna está rota, sangra... —insistió el joven filipino.

El hombre dirigió una fugaz mirada a Sandra.

—Lárgate —dijo de repente—. Toma tu ropa y márchate. Y cuídate bien de irte de la lengua. Toda tu familia pagaría por ti.

Sandra se vistió inmediatamente y escapó a través de la ventana que daba a la terraza. Ni siquiera se detuvo a recoger el dinero que había sobre la mesilla de noche.

—Ayúdame a vestirme, ¡date prisa! —ordenó el hombre a su criado.

El muchacho obedeció, sumiso. Odiaba a aquel hombre que le trataba siempre con desprecio y brutalidad, pero... necesitaba el dinero que le pagaba.

—Vamos, tráeme a ese hombre —dijo el corpulento individuo

cuando estuvo vestido.

Le recibió en la terraza, al tibio sol que bañaba la costa mediterránea.

El criado llegó poco después precediendo a un hombre de unos treinta años, de cabellos castaños, atlético, de anchos hombros y vestido con chaquetón de cuero manchado de barro.

—Discúlpame, señor Chambaud —dijo el recién llegado—. Mi esposa y yo hemos sufrido un accidente de automóvil. Me encuentro en Turín sin dinero ni amigos y al ver su nombre a la entrada de esta villa comprendí que su dueño era un francés, un compatriota. No, no voy a pedirle una limosna. Poseo dinero suficiente, pero no hablo el italiano ni sé adonde dirigirme para que atiendan a mi esposa. Tal vez, usted pudiera...

Chambaud dirigió una penetrante mirada al recién llegado.

—Veré qué puedo hacer por ustedes —respondió, reflexivo—. ¿Cómo se llama?

—Labande, Jean Labande —respondió el otro—. Créame, nunca podré agradecerle suficientemente...

Chambaud, que caminaba hacia el borde de la terraza colgada sobre el acantilado se volvió bruscamente.

—Labande, ¿eh? —murmuró. Y sus ojos se convirtieron en una rendija—. ¿Por qué no trae aquí a su esposa? Voy a llamar por teléfono: mi propio médico la atenderá. ¡Vamos, Labande, no tiene que preocuparse ya! Su esposa estará perfectamente atendida dentro de pocos minutos.

—No sé... cómo agradecerle su ayuda, *monsieur* Chambaud —murmuró Labande—. Créame, en este país nos sentimos tan desamparados...

—Lo imagino, amigo mío —respondió Chambaud, súbitamente eufórico—. Pero no pierda el tiempo... ¡Vaya, vaya y traiga a su esposa aquí! La temperatura es tibia y este hermoso panorama elevará su ánimo. ¡Vaya...!

Labande desapareció, seguido del criado filipino.

Inmediatamente, Chambaud descolgó el teléfono que estaba sobre una mesita y marcó un número.

Ángela Mercier llegó minutos después. Se apoyaba penosamente sobre los hombros de Labande y el filipino y su aspecto era francamente lastimoso.

Chambaud paseaba a lo largo de la terraza cuando el trío apareció a través de la puerta pintada de blanco.

Ángela quedó petrificada.

Sólo veía a Chambaud de espaldas. Y sus ojos seguían como hipnotizados las piernas de aquel hombre que dejaba caer su pie derecho sobre el suelo con instintiva precaución.

De repente, Ángela gritó.

—¡Jean! ¡Es él, Bricard!

Chambaud se volvió bruscamente.

Los ojos grises contemplaron con frialdad a la mujer.

—Al fin llegaste, Ángela —murmuró.

La mujer palideció.

—¿Lo ves? —gimió, volviéndose vivamente hacia Labande—. ¡Es él, André Bricard! ¡No puedo equivocarme! Sus facciones... están alteradas, pero su forma de andar, el brillo de sus ojos, el rictus despectivo de sus labios... ¡son los mismos!

Jean retrocedió un paso.

—Cálmate, Ángela —recomendó con voz tranquila. Y en su mano apareció la «Walker»—. Si este hombre es André Bricard, lo comprobaremos.

Bricard no se inmutó.

Por el contrario, de entre sus cínicos labios brotó una corta e irónica carcajada.

—Mi documentación dice que me llamo Charles Chambaud y mi pasaporte está en regla —explicó sin prisas—. Soy un gran industrial, un hombre rico y prestigioso. En Turín me conocen todos, incluida la policía.

—Lo sé —asintió Labande, avanzando unos pasos, para vigilar mejor a Bricard—. Nuestra llegada a esta villa, no ha sido fortuita, señor «Chambaud». La pista comenzó por una pequeña carterita de fósforos, obsequio de la empresa Costruzioni Generali Torinensi encontrada en los bolsillos de un tipo llamado Cecilians. Fue aquella carterita de cerillas la que nos trajo hasta aquí.

Bricard sonrió.

—Muy sagaz, señor Labande. Así, pues, debo imaginar que las heridas de la querida Ángela no eran otra cosa que una comedia para conseguir que yo les recibiera.

—Así es, por fortuna —respondió Ángela, vibrante de furor—.

Mi cuerpo está lleno de hematomas y rozaduras, al igual que el de Labande, pero todavía estamos enteros, a pesar de que tú, André, enviaste a alguien con el propósito de asesinarnos en la montaña.

Las gruesas mejillas de Bricard se agitaron a impulsos de la ira.

—¡Ese estúpido Fachetti...! —gruñó—. ¿Cómo pudo equivocarse? Me aseguró que los bomberos habían extraído del camión dos cadáveres carbonizados...

—Yo se lo explicaré, Bricard —se ofreció Labande, que seguía encañonando al dueño de la casa.

—Adelante. Disponemos de mucho tiempo todavía —invitó Bricard, cínico.

—Es fácil. Un viejo compañero llamado Justin Chambarge conducía un camión de la misma marca que el mío, unos quince kilómetros delante. Era un camión frigorífico también, matriculado en Seine-Et-Oise, con los mismos colores, idéntico aspecto al que conducía yo. Damarge se había casado dos meses atrás y su mujer, una muchacha joven y animosa, le acompañaba en todos los viajes. Por desgracia, Justin tuvo una avería y su camión volcó. El y su mujer se mataron, murieron carbonizados, dentro de la cabina. Su... Fachetti erró el tiro. Imagino que llamó por teléfono al hospital de Monte Il Grosso, ¿no es cierto? Y le dijeron que el hombre y la mujer que viajaban en un camión frigorífico francés habían muerto. Pero no éramos nosotros, que a pesar de su atentado salvamos la vida y logramos escapar a través del bosque.

Bricard se sentó en una silla con toda tranquilidad.

—Curioso —observó—. La vida está llena de casualidades y coincidencias. Ya veo que no murieron, puesto que están aquí. En cuanto a Fachetti... Bien, yo me ocuparé de él.

Por supuesto, no tendrá la oportunidad de obrar con escrupulosidad en una próxima ocasión, porque pienso matarle.

Jean acarició el gatillo de la pistola con su dedo índice.

—Usted no tendrá ocasión de volver a matar, Bricard —declaró con voz vibrante—. Vamos a llevarle a Francia, vamos a desenmascararle. ¡Usted pagará por todos sus crímenes!

Nuevamente volvió a dejarse oír la desagradable risa de Bricard. Aquella risa que poseía la virtud de poner tensos los nervios de Ángela Mercier.

—No sea loco, Labande. Suponiendo que consiguiera sacarme de

Italia y llevarme a Francia, ¿qué iba a conseguir? ¡Oficialmente llevo muerto tantos años! Se reirían de usted... ¿quién podría reconocerme? ¡Mírame, Ángela! ¡Ni tú misma me hubieras reconocido!

Bricard se había ido alterando progresivamente y ahora sus manos temblaban de excitación.

—Usted es el loco —acusó Jean—. ¿Es que ha olvidado su oficio de policía? Las huellas dactilares, piense en ello. Usted ha alterado sus facciones mediante la cirugía plástica, pero nadie puede alterar sus huellas dactilares. La policía francesa le identificará a través de sus huellas. Y pagará todos sus crímenes, puede creerlo.

Bricard inclinó la cabeza.

Pero un momento después, volvía a erguirse con soberbia.

—Nadie me arrancará de aquí, Labande —afirmó. Miró con curiosidad a Jean y añadió—: Es curioso, yo diría que le he visto en alguna parte.

El pecho de Labande se hinchó.

—Usted es un hombre importante, Bricard. Era comisario de policía en París y en Turín se hace pasar por un honrado empresario de la construcción —dijo, con voz ronca—. Me llamo Jean Labande, pero ¿qué podría significar ese nombre para usted? Al fin y al cabo, yo no era otra cosa que uno más de los conejillos que pasaron por sus manos en 1968... Pero yo no he podido olvidar que usted me atormentó y martirizó, que me humilló y me escupió. En mi espalda están todavía las cicatrices de sus latigazos. ¿Empieza a recordar ahora, honorable Bricard?

Incapaz de contener sus impulsos, Jean saltó sobre Bricard y le golpeó con el cañón de la pistola en pleno rostro.

Bricard cayó al suelo, tras exhalar un gemido de dolor. Y las baldosas de la terraza se empaparon de la sangre que fluía de su nariz rota.

Luego, lentamente se irguió.

Entre las piernas de Jean, la mujer y el muchacho filipino divisó otras piernas: las de los tres jóvenes que acababan de aparecer por la puerta de la terraza.

Y entonces rió a carcajadas, brutalmente.

Impresionado a su pesar, Jean se movió, inquieto.

En aquel momento, Ángela dejó escapar un grito agudísimo y se

desplomó de espaldas.

Inconscientemente, Labande apretó el gatillo.

Pero su disparo se perdió inofensivo cuando el terrible culatazo alcanzó su cráneo.

CAPÍTULO XIV

Eran tres jovencitos rubios, maravillosos.

El mayor de ellos apenas debía haber cumplido los veinte años.

Los tres vestían chaquetas blasier, perfectamente cortadas, pantalones gris claro de rayas impecables, sueters «cuello de cisne» y brillantes zapatos artesanos de veinte mil liras.

Tenían el aspecto de criaturas angelicales, pero... eran tres diablos.

Se habían pasado la tarde y parte de la noche golpeando a Labande en los lugares más sensibles, con un sadismo rayano en la ferocidad más animalesca.

Ahora... el cuerpo de Jean era un puro dolor. Le habían roto las cejas, los pómulos, las orejas, la nariz, los labios... Y le habían golpeado a patadas en los testículos hasta perder el conocimiento.

Con Ángela no habían sido tan severos. Se habían limitado a azotarla con el flexible rebenque que André Bricard guardaba en su villa como recuerdo de sus tiempos de policía en París.

Era de madrugada. ¿Las tres, las cuatro?

Jean no estaba muy seguro. Lo que sí sabía era que el furgón en el que le transportaban a él y a Ángela daba unos terribles tumbos, al compás de los cuales su dolorido esqueleto amenazaba con desencuadrarse en cualquier momento.

André Bricard se había estado emborrachando durante las primeras horas de la noche, atendido con solicitud por sus bellos jovencitos.

Se había divertido en narrar uno por uno todos sus crímenes, cometidos con increíble sangre fría.

Ya de madrugada, había tomado el teléfono. Marcó un número y dijo con voz gangosa:

—Sí, esta misma madrugada. Dígale al conductor que vierta la hormigonera en los cimientos del chalet número dieciocho. ¡Sí, sí,

no tiene que preocuparse de otra cosa!

Jean no entendía una palabra de todo aquello, pero imaginaba que Bricard se disponía a cometer alguna de sus sádicas fechorías.

A las dos de la madrugada, el expolicía estaba muy borracho. Y fue entonces cuando dijo a los jovencitos:

—Subidlos al furgón. Ya os seguiré.

Jean y Ángela fueron obligados a ponerse en pie y a caminar. Apenas podían hacerlo, pero los «deliciosos» guardaespaldas de Bricard se ocuparon de «animarles» a culatazo limpio.

El corto camino hasta el garaje supuso para Labande un verdadero Vía Crucis.

Luego fueron obligados a ascender a un furgón cerrado. Tumbados sobre el piso, jadeantes y doloridos, vieron cómo dos de aquellos delicados jóvenes subían al furgón y cerraban el portón posterior.

Jean ignoraba el destino de aquel viaje. Por lo demás, se sentía impotente para variar el curso de los acontecimientos: el propio Bricard había esposado sus manos a la espalda.

Eran las viejas técnicas de un policía corrompido: no tendrían la menor posibilidad de escapar.

Jean había observado que los dos o tres primeros kilómetros el furgón rodaba sobre pavimentos bien nivelados. Pero luego el vehículo comenzó a rebotar sobre el terreno, señal de que avanzaban por algún camino lleno de baches.

Media hora después, el furgón se detuvo y los dos jóvenes abrieron el portón y saltaron afuera. Unos faros brillaron próximos.

Poco después, Bricard se apeaba de un flamante «Mercedes» oscuro.

—Bajadles de ahí y marchaos. No quiero comprometeros, Giorgio. Yo me ocuparé del resto —ordenó.

Como reses, Ángela y Labande fueron sacados del furgón, al cual subieron los tres jovencitos. El vehículo se alejó un momento después.

Bricard, que llevaba una potente linterna en la mano, dirigió la luz hacia los dos cuerpos que yacían de bruces sobre el suelo de tierra.

—Descansad —dijo—. Aún quedan dos horas.

Jean le siguió con la vista, Bricard volvió al «Mercedes», lo puso

en marcha y se alejó.

—¡Jean...! —gimió Ángela, aterrada.

—No temas —susurró él—. Ese tipo no será capaz de...

Pero Ángela sollozaba, de bruces contra la amarillenta tierra.

Jean seguía los faros del «Mercedes» que avanzaba por el caminito, a un lado del cual se divisaba una explanada donde estaban construyéndose algunos chalets.

Había enormes pilas de ladrillos, ferralla para la construcción y un cónico depósito de cemento.

Se movió, avanzó unos centímetros. Y tuvo que retroceder precariamente al comprobar que yacía a escasa distancia de una profunda zanja.

Entonces recordó las palabras de Bricard a través del teléfono:

—Dígale al conductor que vierta la hormigonera en los cimientos del chalet número dieciocho.

Había visto a la luz de los faros la sencilla estaca con un pedazo de tabla y el número dieciocho.

De repente, lo comprendió todo.

—Bricard se propone enterrarnos en esa fosa, bajo unas cuantas toneladas de hormigón.

Ahora comprendía por qué Bricard se había alejado con el «Mercedes»: trataba de ocultarlo a la vista del conductor de la hormigonera que estaba a punto de llegar.

Rechinó los dientes, impotente. ¿Qué podía hacer en su situación, malherido, sin fuerzas, esposado...?

En la oscuridad brilló la linterna de Bricard, que se aproximó a ellos. En pocos minutos, el expolicía introdujo un pañuelo en su boca y la amordazó. E inmediatamente hizo otro tanto con Ángela.

En la lejanía se escuchó el rumor de un motor. Poco después se divisaron los faros de un camión, distante dos kilómetros.

Ángela fue descolgada por Bricard hasta el fondo de la profunda zanja. En cuanto a Labande, comenzó a golpearlo a patadas con la intención de arrojarlo de bruces al fondo.

Después... quince o veinte toneladas de hormigón caerían sobre ellos.

Jean se encontraba ya al borde de la zanja. Veía acercarse el pie de Bricard, golpeándole sañudamente.

—¡Abajo, a... bajo! —gruñía.

Jadeante, el expolicía se detuvo un segundo. Entonces, los dientes de Labande hicieron presa en los bajos de su pantalón con fuerza. Rodó sobre sí violentamente y arrastró a Bricard en su caída.

Locamente, Labande golpeó a cabezazos a su adversario. Golpeaba y golpeaba, ciegamente, frente contra rostro... Hasta que advirtió que Bricard estaba inmóvil.

Entonces se irguió, se puso de espaldas y palpó los bolsillos de Bricard hasta encontrar la llavecita de las esposas.

Buscó el cuerpo de Ángela, introdujo a ciegas la llave y la liberó: —¡Quítamelas esposas! —chilló.

Apenas tenía fuerzas, pero puso a la mujer sobre sus hombros y la izó. Desde arriba, ella le tendió su cinturón y Jean ascendió penosamente.

El camión estaba muy cerca. Y como locos corrieron, alejándose. Unas docenas de metros más allá tropezaron con el «Mercedes» de Bricard y se detuvieron, jadeantes y extenuados.

—Jean... —gimió ella—. ¡La hormigonera está descargando su contenido sobre Bricard! ¡No podrá escapar!

Pero Labande jadeaba en el suelo, incapaz de articular una palabra. Al cabo de unos minutos, vieron los faros de la gran hormigonera que se alejaba. Y comprendieron que André Bricard había muerto, por fin.

—Paz a los muertos —murmuró Labande, extenuado—. Y ahora ocupémonos de nosotros mismos.

Ayudado por Ángela, subió al coche. Luego ella se puso tras el volante, dio al contacto y el motor zumbó.

Muy cerca de Turín, Ángela advirtió que Jean se había dormido. Se inclinó y susurró a su oído:

—Te quiero.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] Unas

900 000

pesetas de 1978. < <